



40 AÑOS DE DEMOCRACIA: RELATOS DESDE EL AULA

40 años de democracia: relatos desde el aula

40 años de democracia : relatos desde el aula / Autores Varios ... [et al.]. - 1a ed -
La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación
Social, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-34-2386-8

1. Democracia. 2. Argentina. I. Autores Varios

Diseño y maquetación: Franco Dall'Oste

Editorial de Periodismo y Comunicación

Diag. 113 N° 291, La Plata 1900, Buenos Aires, Argentina.

+54 221 422 3770 Interno 159

editorial@perio.unlp.edu.ar / www.perio.unlp.edu.ar

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata



**FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACIÓN SOCIAL**



**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA**

Índice

PRÓLOGO	5
SABRINA GARCÍA LA TRANSICIÓN DE JULIA(ND)	7
MANUEL OTERO EL CAMBIO DE SU VIDA	12
DANIEL ROMERO EL CALVARIO DE VIOLENCIA DE GÉNERO VIVIDO POR MYRIAM	16
ANTONELLA URRALBURU SANDRA Y NOELIA	21
CLAUDIA VEGA CUESTA KILLA MAR ORBE: “LA ARGENTINA ME DIO TODO: ACÁ PUDE ESTUDIAR, RECIBIRME Y VOLVER A NACER”	27
BERENICE LORENZO FRENTE AL ESPEJO	33
AGOSTINA CEJAS ALMUERZO CON HISTORIA	42
CAROLINA CUEVAS CRECER EN DEMOCRACIA	44
MATEO YANCÁN SOLÁ CUÁNDO VOLVEREMOS A SER LOS MISMOS	47
SOLEDAD GARNICA DISFRUTAR DEL DESCANSO	50
SOLEDAD LÓPEZ ESQUIVAR LA MUERTE	52

SOLEDAD LÓPEZ EL DÍA QUE MI VIEJO NO MURIÓ	54
TERESA ARRIEN FOTO	57
SOFIA BARBIERI GLITTER VERDE	59
VALENTINA SOL DÍAZ LO QUE NO SE PUEDE CURAR	60
BRUNELA COTSALI LOS RECUERDOS SE SIENTEN	62
LOURDES GUAINI MEMORIA, VERDAD Y JUSTICIA	64
JAZMÍN GARCÍA QUE SEA LEY	66
ABRIL BONAVITTA, MARÍA VICTORIA MERLO Y SLAVEN GLENDA RECORDANDO LA EVOLUCIÓN	68
PALOMA LUNANSKY UN JUEVES DE SEPTIEMBRE	70
LUCA MAGNOTTA UNA PRESENTACIÓN EN URUGUAY	72
NOELIA MARTÍNEZ VERRUGAS	73

Prólogo

¿40 años es mucho tiempo? ¿O no es tanto? Si pensamos en la democracia en Argentina, pasó una infinidad de cosas que marcaron la historia de nuestro país desde que dejamos atrás la dictadura genocida. Incluso, hubo hechos y procesos que pusieron en jaque el sistema democrático. Sin embargo, en 2023 cumplimos 40 años de democracia ininterrumpida y, si bien parece mucho tiempo, la aparición de determinados discursos en la escena pública, sumado a la incorporación de nuevas generaciones que nacieron en democracia, dan cuenta que no está consolidada. Se trata de un concepto que debemos reforzar y continuar problematizando para que no se perciba como un estado natural, sino como una cuestión que debemos luchar por su sostenimiento y, además, por una mejor calidad democrática.

En este contexto, durante el ciclo lectivo 2023 la conducción de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata invitó a los diferentes actores que componen la institución a producir contenidos sobre los 40 años de democracia. En línea con esta política, la Prosecretaría Académica de realización de producciones (PROSECAD) articuló con las distintas cátedras para coordinar estrategias de publicación y de difusión de los materiales elaborados por las personas estudiantes en el marco de las diferentes asignaturas. El motor de esta acción colectiva fue el negamiento a que sus producciones sean solamente pensadas para ser entregadas como trabajo práctico para aprobar una materia y mueran en esa instancia: la intención es que salgan más allá del aula y circulen.

En este camino, en coordinación con la editorial Ediciones de Periodismo y Comunicación (EPC), nace "40 años de democracia: relatos desde el aula" como una estrategia comunicacional para las producciones gráficas de las personas estudiantes. Este libro recopila crónicas periodísticas realizadas en el marco de las asignaturas Taller de Producción Gráfica III y Taller de Estrategias de la Comunicación Gráfica, y relatos cortos de la asignatura Laboratorio Creativo de Escritura I.

Cada uno de estos escritos buscan destacar logros históricos, resaltar hechos que marcaron la historia democrática argentina, y aportar a la construcción de la memoria colectiva sobre estos 40 años de democracia ininterrumpida.

¡Que lo disfruten!

La transición de Julia(n)

Autora: Sabrina García

Profesora titular: Diana López Gijsberts

Asignatura: Taller de Producción Gráfica III

Palabras claves: identidad – género



El primer recuerdo es del 2012. Julia es una joven de 15 años, extremadamente delgada, que usa lentes de lectura, el pelo recogido y una bandana que le cubre la cabeza. La ropa holgada esconde su cuerpo en proceso de desarrollo y una cruz de madera le cuelga del cuello. Toca la guitarra de una forma hermosa, los acordes que regala la vuelven magnética. Casi no habla, apenas suelta una pequeña sonrisa cuando la elogian, parece reacia al diálogo como si la vergüenza la paralizara.

Guadalupe, su hermana mayor, canta y Julia la acompaña en guitarra. La primera es extrovertida y suelta, la otra se esconde detrás del protagonismo de la voz del dueto. Nadie puede imaginarse que aquella pequeña joven comenzó con dudas sobre su identidad.

Gonzalo es el novio de Guadalupe, “alguien cercano y no familiar” dirá Juli. Él se convirtió en su confesor, la persona a quien podía contarle las dudas que tenía. “Era el cuñado copado. Nos llevábamos bien. Compartíamos banda, ambos éramos guitarristas y Guada la cantante. Él fue mi maestro del instrumento y referente musical, además de estar a cargo de la dirección del proyecto”, explicó.

La pareja convivía en la casa familiar de ella, junto a sus padres y hermanas. “Yo también vivía ahí. En ese entonces yo era Julia, y, aunque era un momento delicado de búsqueda y conocimiento tanto de mi orientación sexual como de identidad, me autopercibía como mujer”.

La cercanía y la posibilidad de convertirse en confidente le permitieron a Gonzalo a ejercer “una maniobra más de manipulación a la que me vi sometido y un factor clave de su ‘excitación’”, recuerda y agrega que en algún momento “de a poco su papel de ‘confidente’ me empezó a poner incómodo. Me hacía preguntas fuera de lugar o muy íntimas: cuáles eran mis fantasías, si alguna vez estuve con un hombre, si practiqué sexo oral y hasta llegó a proponerme un trío con una conocida en común, también menor de edad. Todas estas actitudes me empezaron a asustar demasiado, un miedo que te paraliza”.

Los temores no fueron en vano. Una noche, al regresar a su casa desde un recital “él entró conmigo y apenas cruzamos la puerta me agarró y me dio un beso. No pude reaccionar”, detalló. Ese abuso tan solo fue el primero. En otra oportunidad, estando Guadalupe de viaje, Gonzalo volvió a la carga: “Me obligó a practicarle sexo oral. Me negué, pero él insistió, me sentí acorralado y accedí bajo presión. En ese momento no pude hablar de esto con nadie, tanto por miedo como por el lazo familiar terminé bloqueando este suceso”, explica.

Dos meses más tarde, le ofreció alcohol hasta que no se pudo mantener en pie de la borrachera. “Le pedí que me lleve a mi casa, me obligó nuevamente a practicarle sexo oral. Creo que me desmayé y desperté con la voz de una mujer que preguntaba si yo era menor”. La mujer era la recepcionista de un hotel transitorio. Gonzalo logró llevarla a la habitación: “Yo escuchaba y veía la situación, pero por mi estado no podía ni hablar. Veía todo entre pantallazos, estaba aterrado, incómodo y totalmente vulnerable. Comenzó a sacarme la ropa, intenté

resistirme empujándolo pero él siguió, me desnudó y comenzó a penetrarme. Recuerdo que me dolía muchísimo, era mi primera vez. Lo siguiente que recuerdo es estar despertando en mi casa, todavía sintiendo mucho dolor”.

Seis años le llevaron a (ahora) Julián poder hablar sobre aquellas situaciones de abuso. El temor, el dolor, la vergüenza impidieron que pudiera ponerlo en palabras. “Hay que animarse, romper el silencio. No es nuestra culpa”, explicó.

“Me violó siendo menor, estando alcoholizado y sabiendo que no me gustan los hombres y que estaba en una búsqueda de identidad muy profunda. De hecho, hoy mi testimonio es como Julián Fleitas, varón trans. Lo primero que me costó fue no sentir que era mi culpa. No sentir que yo dejé que esto pase ya que la manipulación que sufrí a nivel mental y emocional fue muy intensa. Me sentía amenazado, culpable, confundido y roto. Nunca había estado con un hombre, ni de mi edad y menos con uno más de 10 años mayor que yo. Era la pareja de mi hermana que es la persona a la que más amo en el mundo. Llegué al punto de sentir que como a él, nunca iba a poder perdonarme a mí tampoco. Me hizo sentir que éramos igual de mierda y que esto no podía salir nunca a la luz, porque la culpa era de ambos. Pero un día se hizo inevitable y logre hablar. Es doloroso poner la intimidad de uno en un grito, pero esto no se sostiene más. Y tengo la seguridad de que, así como yo sufrí sus abusos, también lo sufrieron muchas mujeres más”.

A Julián le tocó vivir una adolescencia compleja: la de una búsqueda interior cargada de miedos y prejuicios y la de ser traicionado, manipulado, violentado y abusado por el solo hecho de haber querido encontrar luz en su camino de búsqueda.

Para la misma época en la que Julián buscaba respuesta a sus preguntas sobre su identidad y elección sexual. En Argentina (2012) se sancionó la Ley 26.743 de Identidad de Género. Es la primera en el mundo que no patologiza las identidades trans y permite acceder al cambio registral a través de un simple trámite administrativo, sin necesidad de acreditar pericias médicas, intervenciones quirúrgicas o tratamientos hormonales.

En su artículo 11 la ley establece que “para el acceso a los tratamientos integrales hormonales, no será necesario acreditar la voluntad en la intervención quirúrgica de reasignación genital total o parcial. En ambos casos se requerirá, únicamente, el consentimiento informado de la persona”.

Dos años más tarde de hablar, denunciar el abuso y comenzar a curar las heridas, Julián decidió iniciar el tratamiento hormonal y con esta elección terminar de completar el proceso de transformación. Sin saber que luego sería su lugar de trabajo, el tratamiento lo realizó en el Hospital Cordero de San Fernando, que no solamente efectiviza lo planteado por la legislación nacional sobre Identidad de Género, sino que su director, Juan Delle Donne, logró instalar un área específica para acompañar a todas aquellas personas que sientan dudas sobre su identidad de género. Un Estado presente que ofrece profesionales para recibir a las Julias de la vida y que su decisión y proceso de transición sea menos doloroso y respetado.

Julián elige comparar su transición como el vuelo de la mariposa: la necesidad de atravesar diferentes etapas para que finalmente se desarrollen las alas que le permitirán volar.

El camino no es fácil. El tratamiento es un torbellino de emociones, ¿Más?, sí, muchas más. Un nuevo capítulo de preguntas y dudas, transformaciones en el cuerpo, su consiguiente consecuencia en los estados de ánimo. Hoy no quedan rastro de aquella joven temerosa, escondida detrás de unos lentes y una guitarra. De contextura robusta, rasgos más cuadrados y la barba prominente Julián logró que el espejo le devolviera el reflejo de lo que tanto buscó.

Fiel a su lucha, militancia y defensa de los derechos, el último 17 de octubre selló su amor con su novia en el Registro Civil firmando la unión convivencial. “Lealtad, ternura, amor y respeto”, son las palabras que Julián usa para definir su nueva vida de “a tres” junto a su compañera e hija. Atrás quedó el dolor y los miedos. Adelante queda la posibilidad de poder elegir la vida que quiere. Identidad y género, tan simple y a la vez tan complejo que a veces duele.

Juli sube un video a su cuenta de TikTok. Se lo ve con los restos de una cama. Con una barreta quita las tablas de madera y cuidadosamente los clavos. Con la ayuda de una prensa las une. Deja secar y comienza a lijar. El video toma la lluvia de viruta y luego del aserrín que

cae de la mesa de trabajo. Completa la labor con una lija de mano, sopla para quitar el polvo y acaricia la madera. Entre las vetas se ven los agujeros que dejaron los clavos que quitó, como si fueran las pequeñas huellas de lo que fue antes de su transformación. “Disfrutar del proceso más que de los resultados”, titula el video y es imposible no ver el resumen de su vida en esa pequeña acción de convertirse en artesano de la madera. Por muchos procesos respetados y acompañados.

El cambio de su vida

Autor: Manuel Otero

Profesora titular: Diana López Gijberts

Asignatura: Taller de Producción Gráfica III

Palabras claves: matrimonio igualitario – género – derechos – igualdad

“En 2010 mi vida cambió por completo”, confesó Antonia mientras se le ponían los ojos llorosos y cebaba un mate con su pava metálica.

Luego de un trabajo enorme en conjunto de las organizaciones sociales, los políticos que escucharon al pueblo y la comunidad LGBTIQ+, Argentina se transformó en el décimo país de todo el mundo y el primero en América Latina en legalizar el matrimonio igualitario.

El 15 de julio de 2010, 13 años atrás, el Senado de la Nación Argentina determinó la aprobación de la Ley de Matrimonio Igualitario n° 26.618. Esto fue posible gracias a 33 votos afirmativos contra 27 negativos y 3 abstenciones, tras la media sanción de la Cámara de Diputados.

“Estamos tratando una cuestión de igualdad. No se trata de un tema religioso, ni de una cuestión sólo de una comunidad; estamos tratando un tema que hace a toda la sociedad argentina porque estamos discutiendo si les damos un lugar a la igualdad, a la dignidad, al respeto, y si ponemos la Constitución y los tratados de derechos humanos en plena vigencia para que no se pueda discriminar por orientación sexual”, expresó en el final de su discurso en la Cámara de Diputados Vilma Ibarra, quien fue la presentadora del proyecto de ley nacional.

Antonia es una señora de 62 años y su sueño siempre fue vivir la vida tranquila. Pero, lamentablemente, eso no pudo ser hasta aquella tarde del 15 de julio de 2010. Desde su juventud se dio cuenta que su orientación sexual “no era como la de sus compañeras”, según relata.

Ya a los 15 años le gustaban sus compañeras. “Me sentía rara. Me gustaba estar con mis amigas, pero siempre las vi muy lindas. Cuando se ponían a hablar de chicos me decían ‘no puede ser que ninguno te parezca lindo’. No entendían por qué me sentía así, por qué no me gustaba ningún chico. Tampoco se los conté, ni a mi mejor amiga, Rosalía”, contaba.

Y mencionó: “Ese día fue uno de los más felices de mi vida. Yo ya tenía pareja. Ya estaba con Carmen hace 8, 9 años. Pero era una lucha constante, todo el tiempo escondiéndonos, todo el tiempo diciendo que éramos compañeras de piso a las autoridades. Era un lío tremendo”.

Antonia vive en Bernal desde que nació. Su padre era encargado en una fábrica de vidrio, la Diserglass, y tenía un pensamiento muy alejado a los gustos de su hija. Para él era imposible que una mujer esté con una mujer, como así también un hombre esté enamorado de otro hombre.

Su madre, la querida ‘Patrona’, como la conocía todo el barrio, tenía un local de costuras. “Te arreglaba hasta lo imposible”, decían en la calle Montevideo. Ella era más abierta en su pensamiento y, aunque nunca se lo dijo directamente, sabía y apoyaba la orientación sexual de su hija.

Antonia nunca se lo dijo a sus padres, sobre todo por el disgusto que le generaría a Heraldito. Esa era su mayor preocupación. “No quería generar problemas”, admitió la mujer de metro y medio, con pelo castaño claro.

Sin embargo, un día estuvo a punto de decirlo y cambiar su vida por completo. “Una navidad casi lo hago. Nosotros las fiestas las pasábamos con toda la familia. Éramos fácil 50 personas. Mis primos, mis tíos, los primos de mis tíos, los primos de mis padres, amigos de todos, era como una reunión al que podía ir toda persona que no tenga dónde ir básicamente. En el momento del brindis, la persona que quería podía decir unas palabras. Yo ya tenía 30 y pico de años, no recuerdo bien, y quise tomar la palabra”, destacó.

Y prosiguió: “Fui hacia la punta de la mesa de tabloncitos de unos 8 metros de largo, levanté la copa y empecé ‘Quiero brindar por todas las personas que son felices con sus seres

queridos, pero también por todas las personas que no pueden estar con la persona que aman', y me quedé ahí. La voz se me empezó a entrecortar cuando estaba terminando de decirlo y no pude continuar. Me agarró miedo".

"Luego de esas cortas palabras, mi madre me dio un abrazo y me dijo 'quedate tranquila hija, con papá vamos a quererte siempre'. Creo que ahí me di cuenta que ellos ya sabían, pero me resultaba raro que mi padre no haya retado ni se hubiese enojado, así que supuse que él no lo sabía, pero ella sí", contó la señora de ojos verdes y nariz pronunciada.

Ya había pasado esa noche y su padre no le había sacado el tema. Tampoco se lo había mencionado en el auto, cuando regresaban a su casa. Antonia quería que su padre le diga algo, no importa si era un reto, unas palabras de aliento, lo que sea. Pero quería que le diga algo. Y no pasó hasta casi año nuevo.

"Cuando nos estábamos cambiando para ir a la casa de los primos de mi mamá, vino mi papá y sacó el tema. 'Hija, quería hablarte de lo que dijiste en el brindis de navidad. ¿Querés contarme algo?', me dijo y le respondí que no. Que estaba enamorada de una persona pero que no podía estar en público por otros temas. A lo que me contestó: 'Si es por otra novia que tenga ese chico, lo tenes que dejar ir. No podés estar con alguien que ya tiene pareja", manifestó Antonia.

Ese día terminó de darse cuenta que su padre no lo sabía. Tampoco lo imaginaba. Y decidió que así sería para siempre. Antonia estaba de novia con una mujer llamada Soledad, una chica que iba a natación con ella. Esa relación no duró mucho tiempo porque "Sole quería que hagamos todo público sin importar lo que digan nuestras familias y todos nuestros conocidos. Y a mí me daba miedo por mi padre y mis tíos. Cortamos todo al poco tiempo de que empezaron las discusiones por contar o no hacerlo".

Luego de los fallecimientos de su madre, primero, y su padre, después, Antonia decidió ser libre. "Pero eso costó y mucho", remarcó.

Por fortuna para ella y miles de personas más, al año siguiente se dictó la ley. Una ley que no solo se trata de poder casarse, sino de algunas cuestiones más. La ley permite el acce-

so a derechos como la posibilidad de compartir la cobertura de salud entre los/las cónyuges, obtener una pensión en caso de fallecimiento de alguno/a de los/las integrantes de la pareja, entre otros.

Ahora, poco más de 10 años más tarde, Antonia es una de las 7.400 personas que pudieron celebrar su matrimonio igualitario en la Provincia de Buenos Aires.

“Ahora soy verdaderamente feliz. No puedo creer que me haya podido casar con mi pareja, con el amor de mi vida. Siempre lo creíamos imposible. Me hubiese gustado que la ley se proclamase algunos años atrás, así probablemente podía habérselo contado a mis padres”, afirmó Antonia.

El calvario de violencia de género vivido por Myriam

Autor: Daniel Romero

Profesora titular: Diana López Gijsberts

Asignatura: Taller de Producción Gráfica III

Palabras claves: violencia de género

Myriam tiene hoy 35 años. Es de tez oscura, cabello castaño lacio con reflejos, cortado hasta los hombros, de estatura mediana y cuerpo robusto. Cuenta "antes era un palito de escoba estaba muy flaca...era por la angustia de lo que estaba pasando". Lleva puesta una remera beige y calza oscura. Hoy está más tranquila ya habiendo dejado atrás una historia personal de violencia en su matrimonio pasado, tiene tonada provinciana: "No nos casamos oficialmente, pero éramos marido y mujer".

Ella nació y creció en el barrio Independencia de San Martín de Tucumán. En esos tiempos era como un pueblito tranquilo, no pasaba nada; hoy es un barrio más urbanizado. Cuenta que tuvo una infancia y crianza tranquila. Era hija única; su papá trabajaba mucho y su mamá se ocupaba de la casa y los chicos. "Eran unidos y se arreglaban bien entre ellos, eran muy tranquilos", dice.

A los 17 años tuvo su primer novio formal y al tiempo se fue a vivir con él. Tuvieron un hijo, Tomas. Con el tiempo empezó a haber peleas, "éramos chicos generalmente las peleas eran por pavadas". Un día me desperté y el ya no estaba, nunca más volvió; "después me enteré que estando conmigo conoció otra mujer y se fue con ella". Estuvo un tiempo viviendo ahí, pero tenía que dejar la casa porque se la habían prestado a él por un tiempo.

"Cuando me fui de mis padres, ellos se enojaron conmigo y casi no los veía, no tenía trato". En esos días Myriam conoce a Juan... (no quiere decir su nombre completo), empezaron

una relación y él la invitó a ella y a su hijo Tomás a mudarse con él. Se llevaban 11 años, ella tenía 20 y él 31.

“Al principio estaba todo bien, Juan era bastante cariñoso, si bien no era demasiado demostrativo en general”, aclara. Eso fue el primer año más o menos. Él trabajaba de operario en una fábrica chica de la zona, no ganaba demasiado y siempre renegaba con eso; cuenta ella que “Se ponía mal, como que se deprimía” y gesticula como tratando de encontrar una explicación a esa conducta.

Luego del primer año de relación, Myriam quedó embarazada de Agustín y ahí empezaron los problemas, apunta. “De a poco...primero no era violento, pero se enojaba (irritaba) bastante por cosas que no eran tan graves. Se empezaba a molestar cada vez más”.

“Después de tener al nene empezó a estar muy celoso” recuerda y esto era así a pesar que la vida de Myriam estaba restringida a la vida en la casa y cuidar a los nenes. Salir a comprar o a llevarlos a la escuela eran los únicos momentos que no estaba en la casa. Se molestaba mucho también si justo Juan llegaba y ella había ido a comprar o había ido a la escuela, “me retaba y me insultaba”. “Vos tenés que estar acá, ¿qué haces vagueando por ahí?” Solía decirle. La violencia más fuerte empezó por algo parecido.

Ya iban algo así como 2 años y algo más de convivencia; “una noche me acordé que no había comprado yerba y eso ya iba a ser un problema, así que fui al almacén a comprar (el más cercano estaba a 10 cuadras). En eso él llegó y no me encontró y me salió a buscar; me encontró a mitad de camino, yo estaba con los nenes y con el más chico a upa. Se me pone cara a cara y me dice: ¿a dónde te fuiste a putonear? Y me dio un sopapo que me dio vuelta casi, se podía haber caído el chico. Los nenes lloraban y él caminando les decía, Mama se portó mal por eso la reté”.

¿Con los chicos era violento, les pegaba?

“A ellos por ahí los retaba, muy a veces los zamarreaba. Pero de a poco se empezaba a ensañar más con el más grande, que no era de él”. Después Myriam cuenta que al otro día se despertó como si nada hubiera pasado y de hecho fue muy cariñoso teniendo relaciones.

Varias veces durante ese día le apuntó que la quería mucho y que no quería que a ella o a los chicos les falte o les pase nada.

No paso mucho para que todo vuelva a lo que era, enojos maltratos, zamarreos, golpes. De hecho, empezaba a estar enojado todo el tiempo y a agredir más seguido.

El pico de la violencia llegó unos años después. Un día que discutieron y Myriam le dijo que estaba harta y que se iba a ir, justo los nenes estaban en el colegio; “el me agarró de los 2 brazos a la altura de las muñecas, muy fuerte, me dijo que era de él y de nadie más. Se puso como ciego de la ira, me soltó un brazo y me agarró del cuello, apretó fuerte y en un momento me hizo desmayar”. Él llamó a un vecino y le dijo que ella se había caído y golpeado la cabeza; le pidió si podía llevarlos al hospital.

Myriam estuvo unos días internada, con algún daño no grave, cuenta.” Estando en el hospital, un día viene una enfermera”, dice. Hasta este momento Myriam contaba y explicaba todo con mucha tranquilidad y claridad pero en este punto de la charla, hace una pausa y se nota que vuelven los recuerdos intensos de ese día. Mirando hacia un costado los ojos se le hacen más rojos, llora y dice: “lo recuerdo como si fuera hoy: Mami, esto sabemos que no fue un desmayo; yo tenía golpes morados (hematomas); te doy un consejo: el que te hizo esto no va a parar, te va a terminar matando, denúncialo o escápate con tus hijos a donde no te pueda encontrar; y me dio el número de una asistencia social por si iba a hacer la denuncia por violencia.

De nuevo lo mismo, un tiempo de tranquilidad y la violencia empezaba a crecer. Golpes, agresiones, relaciones sexuales por la fuerza. “Fui a una comisaría y el policía que estaba de guardia me dijo: señora, acá atendemos problemas de verdad; vaya y atienda a su marido, no lo haga renegar y se va a terminar el problema”.

Myriam no podía más con esa situación, no solo corría peligro ella sino también sus hijos; “encima había perdido el número de la asistente social que dio la enfermera. Traté de encontrar una solución con la poca gente que me hablaba; madres de otros nenes, por ejemplo, para ver si sabían de alguna asistente social; ellas ya veían también que sufría violencia, se

me notaba el maltrato físico sobretodo”. Un día, medio a escondidas, una madre de la escuela le hace a Myriam una reunión con una asistente que justo era la que le había recomendado aquella enfermera en el hospital. “Ella me aseguró que me iba a guiar para llevar adelante una denuncia formal y así lo hizo”.

“En una escapada me hizo una reunión en una secretaria de la mujer, se radicó la denuncia por medio de la ley de violencia contra la mujer. Fuimos a la misma comisaria y esta vez había otro policía a cargo; que era el oficial mayor a cargo de ahí y que no solo mostro más voluntad, sino que se comprometió a llevar a cabo todo; dándome el contacto suyo por cualquier emergencia”. Así, se llevó a cabo la denuncia formal y perimetral para el hombre. Myriam se mudó a la casa de Irma; una mujer que había conocido haciendo los tramites y que era de San Miguel de Tucumán. “Yo sabía que no se iba a dar por vencido y que iba a venir a buscarme”.

Más o menos a los 3 meses, Juan X encontró la casa; quiso entrar a la fuerza, lo consiguió derribando el portoncito del frente; quiso derribar la puerta y no pudo; con el alboroto que se armó fue la policía y se lo llevaron.

“Tenía que irme de ahí, ir a otra provincia; venirme a Buenos Aires. Irma me ayudó mucho, habló con familiares de ella acá (Bs As), arreglé todo y me vine. Me ayudaron muchísimo la familia de Irma; me prestaron una pieza que tenían y de a poco empecé a salir adelante”.

Myriam ya establecida consiguió trabajo limpiando una casa, la fueron conociendo y por referidos fue consiguiendo más trabajo en otras casas como empleada domestica; pudo alquilar un lugar y tener lo necesario para que a sus hijos no les falte nada y puedan estar en un entorno fuera de la violencia familiar.

En cuanto a su ex le llegó la noticia que como tenía antecedentes penales y una causa abierta (que ella desconocía por completo); con esa nueva causa y el allanamiento de morada por el que fue denunciado también, se le juntaron los procesos penales y al día de hoy está preso.

“El sueño que me queda es buscar a mi padre, que vea a sus nietos y si él quiere, estar todos juntos como familia”.

Myriam es un ejemplo de que se puede salir del calvario de la violencia intrafamiliar y de género; pero las cifras de los casos que terminan en tragedia siguen siendo altas. La Oficina de la Mujer de la Corte Suprema de Justicia de la Nación difundió la actualización del Registro Nacional de Femicidios de la Justicia Argentina (RNFJA), que en el año 2022 fueron 252 las víctimas fatales por violencia de género.

La ley Nº 26.485 es la que refiere a la protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales.

Sandra y Noelia

Autora: Antonella Urralburu

Profesora titular: Virginia Escobar

Asignatura: Taller de Estrategias de la Comunicación Gráfica

Palabras claves: matrimonio igualitario – género – igualdad

Sandra guía a Joaquín a través de la rutina matutina. Mientras ajusta la mochila de Joaquín, le pregunta cariñosamente:

–¿Cómo te fue con la tarea anoche?

–Bien, mamá. Mañana tengo que entregar el árbol –dice él con una sonrisa tímida.

“Está haciendo un árbol genealógico”, explica Sandra.

Mientras tanto, Noelia se sumerge en la preparación del almuerzo, dando vida a un delicioso guiso de lentejas que impregna la casa con su aroma reconfortante.

–Hoy es guiso de lentejas, ¡tu favorito, Joaco!

–¡Uff! ¡Qué rico guisito de lentejas!

–Hoy te pasa a buscar tu papá –le recuerda Sandra, mientras abrocha su delantal. Joaquín asiente con entusiasmo.

Sandra y Noelia se acomodan en la mesa de la cocina, lado a lado, después del almuerzo. El humo de los cigarrillos se mezcla con la calidez del ambiente. El reloj de pared marca el compás de su conversación pausada mientras disfrutan del momento de sobremesa, dejando que la charla fluya entre las volutas de humo.

–Fue en noviembre de 2009 –dice Sandra, con mirada reflexiva –Estaba embarazada de dos meses, recién me había enterado y me encontraba en una situación

muy vulnerable, había mucha violencia en casa. Buscaba refugio en cualquier rincón de esperanza cuando asistí a un evento de Kolina que se hizo en el barrio Villa Elvira. Ahí conocí a la Noe.

–Fue al toque– interrumpe Noelia–, yo la vi en la plaza, con el vestido solero, jugando con los perros y me enamoré.

–Encima ésta es muy viva –bromea Sandra–. Fue una jugada maestra: ¡Usó a los perros!

–Me di cuenta de que las dos somos re perreras, así que empecé a pispear y hacer encuentros casuales en el parque para que los perros jugaran, era todo una excusa para conocernos.

–Nos encontramos en ese contexto político, pero lo que pasó entre nosotras trascendió las fronteras de la militancia y la amistad. Noelia se convirtió en mi amiga, mi confidente, cuando me di cuenta ya estaba hasta las manos y no sabía qué carajo hacer, porque estaba con el papá de Joaquín aún. Su apoyo me sirvió para vislumbrar un futuro diferente.

Noelia se levanta de la silla con determinación. Tiene 48 años; de contextura robusta, está vestida de entrecasa: ojotas cómodas y una visera. Su presencia llena la habitación mientras se dirige hacia la ventana, llevando consigo la huella de la cotidianidad. Con gestos decididos arroja la colilla de su cigarrillo por la ventana, despidiéndose del humo que se dispersa en el aire.

–Yo fui lesbiana toda la vida. Ya estaba re curtida, me había sumado a militar en Kolina porque realmente quería que saliera la ley y no podía esperar. Pero San al principio no quería saber nada–recuerda.

–¡Ay amor! –protesta Sandra–, yo vivía con un violento, ¿Qué mierda les iba a decir si de la nada me veía ahí con todos los putos?

Entre risas y complicidad, disponen tijeras, peines y espejos sobre la mesa de la cocina, creando su propio salón improvisado.

Noelia, con una sonrisa, comienza a cortar suavemente el cabello de Sandra, mientras ella disfruta del contacto cálido de las manos de su pareja. Conversan sobre anécdotas compartidas, sueños por cumplir y, por supuesto, el cambio de look que están creando juntas.

Sandra tiene puesto un vestido floreado, ceñido al cuerpo, que le llega hasta las rodillas. Su cabello oscuro cae suavemente hasta los hombros y enmarca su rostro redondo con un flequillo cortado al ras. Al mirar más de cerca, se revela que sus brazos están adornados con tatuajes, llevando los nombres de sus queridas mascotas.

El sonido suave de las tijeras llena la habitación. Es más que un simple corte de pelo; es un acto de conexión profunda, un ritual íntimo que simboliza la confianza y el amor que comparten.

–Nosotras no vamos a la peluquería hace años –comenta Sandra.

Después de completar el primer corte, Sandra toma las tijeras con entusiasmo y comienza a trabajar en el cabello de Noelia. Se sumergen en el arte de transformarse mutuamente.

Al final, con mechones de pelo esparcidos y risas resonando en el aire, se miran en un pequeño espejo de mano, admirando el resultado. Luego de un rato, ambas toman la iniciativa de limpiar el pelo esparcido por el suelo, armonizando sus movimientos para dejar el espacio impecable. Con el ambiente fresco y limpio, Sandra enciende un sahumero, dejando que el humo perfumado envuelva la habitación. El aroma se propaga sutilmente. Mientras el sahumero emite su fragancia, la pareja se relaja.

–Yo dejé a mi marido en marzo, ya tenía 6 meses de embarazo –recuerda Sandra–, desde febrero andaba saliendo con Noe a escondidas. Nos cansamos de que fuera un secreto. Él no la veía venir, me dijo de todo, me cagó a trompadas, pero junté mis tres trapos y me fui.

En la madrugada del 15 de julio de 2010, cuando el aire en Argentina estaba cargado de historia, dos mujeres decidieron ser protagonistas de un momento que iba a quedar marcado en las páginas de su propia historia. Guiada por la emoción del día, Noelia planeó una sorpresa especial.

Con el sonido de la ciudad de fondo, llevó a Sandra a un rincón tranquilo donde los faroles de la plaza pintaban destellos dorados. Allí, mirándose a los ojos, la propuesta resonó en el aire: "Hoy también es un día histórico para nosotras. ¿Te querés casar conmigo, San?". Sandra quedó sin palabras antes de exclamar: "¡Sí, sí, amor, sí!". Entre risas nerviosas y abrazos, el compromiso quedó sellado fusionándose con el telón de fondo de un día que marcó la historia de Argentina.

En 2010, Argentina sancionó la Ley de Matrimonio Igualitario, un hito legislativo que autoriza el matrimonio entre personas del mismo sexo. Esta normativa garantiza la igualdad de derechos y deberes en el ámbito del matrimonio civil, eliminando cualquier forma de discriminación por orientación sexual. El Senado argentino aprobó la ley número 26,618 con 33 votos afirmativos, 27 negativos y tres abstenciones, tras recibir la media sanción en la Cámara de Diputados en una de las sesiones más extensas del Congreso.

Desde su implementación en 2010 hasta finales de junio de 2020, el Registro Civil de la ciudad registró un total de 5924 matrimonios igualitarios. En 2021, se celebraron 725 matrimonios más. Actualmente, se estima que solo en la provincia de Buenos Aires existen más de 8.100 matrimonios amparados por esta ley, consolidando la aceptación y adopción de uniones entre personas del mismo sexo.

La ley fue el resultado de la colaboración entre organizaciones sociales, la política y la comunidad LGBTQ, quienes se unieron bajo la consigna "El mismo amor, los mismos derechos". Más allá de la simbología, la legislación ha proporcionado acceso a diversos derechos, como la posibilidad de compartir la cobertura de salud entre cónyuges y el derecho a obtener una pensión en caso de fallecimiento de uno de los

integrantes de la pareja. Este avance refleja el impacto positivo de la colaboración y la lucha por la igualdad en la sociedad argentina.

–A partir de ese momento, nuestra vida cambió. No solo éramos una pareja, sino una familia legalmente reconocida, Joaquín tiene el apellido de las dos. La ley de matrimonio igualitario no solo nos brindó derechos, sino que también nos dio la oportunidad de vivir nuestra historia de amor con plena autenticidad y orgullo.

–Este tatuaje me lo hizo Noe unos días después –Sandra se levanta la remera y deja al descubierto un pequeño tatuaje en las costillas que dice la palabra “freedom”–, recién se había comprado la máquina.

–La ley de matrimonio igualitario marcó un antes y un después en nuestras vidas –prosigue–. Antes, vivíamos con la sombra de la discriminación, la falta de reconocimiento y la vergüenza de no poder decirles a nuestras familias quiénes éramos. Cuando la ley cambió, fue como abrir una puerta hacia la igualdad y la aceptación.

–Dimos el siguiente paso en nuestra relación. A pesar de conocernos de tan poco tiempo, nos casamos con la certeza de que nuestro amor no era sólo válido, sino también protegido por la ley.

–Con la Noe enfrentamos momentos difíciles, construimos una amistad sólida que se forjó en la empatía y la comprensión. Aquella conexión fue mi ancla en medio de la tormenta. Conocerla y que hoy sea mi señora transformó mi vida de maneras que ni yo misma podría haber imaginado.

–Igual nos casamos dos años después –ríe Noelia.

–No importa, amor, lo que cuenta es el detalle y la intención –consuela Sandra, a carcajadas.

–Siempre voy a estar agradecida con Cristina y con el Estado por escucharnos, y con el colectivo LGBT por brindarme el valor de ser yo misma, por abrir caminos de aceptación y amor. Gracias a esta comunidad, encontré el coraje para vivir mi verdad y compartir mi vida con la mujer que amo –Noelia lo dice con voz temblorosa, al bor-

de del llanto. –El Estado nos permitió construir una familia que ante los ojos de la ley es tan auténtica y válida como cualquier otra.

–Vimos a muchos y muchas de nuestros amigos y amigas casarse, hacer familia, de 2, 3, 4, 5, ensambladas y diversas. Tengo compañeros que pudieron adoptar pibes. Joaquín el día de mañana va a poder heredar la casa de sus abuelos. –se emociona Sandra –Eso me parece una locura.

Entre charla y mate, Noelia agradece la fortaleza de quienes vinieron antes y allanaron el camino para que hoy ella pueda estar casada con la persona que ama y compartir la alegría de tener un hijo: “Cada batalla del colectivo contribuyó a forjar un presente lleno de amor y aceptación para nuestra familia”.

Killa Mar Orbe: “La Argentina me dio todo: acá pude estudiar, recibirme y volver a nacer”

Autora: Claudia Vega Cuesta

Profesora titular: Virginia Escobar

Asignatura: Taller de Estrategias de la Comunicación Gráfica

Palabras claves: identidad – género

La casa de Killa Orbe es un departamento en el tercer piso de un antiguo edificio ubicado a tres cuadras de la estación de trenes Constitución. A pesar de ser domingo el barrio se mueve, la gente camina, los kioscos están abiertos, los cartoneros pasan con sus carros recolectando los sobrantes del fin de semana.

Killa abre la puerta, está vestida con una pollera negra, medias de red y un top apretado que deja ver su ombligo. Estaba maquillándose. Alrededor de sus ojos hay marcas circulares que dibujan de forma muy sutil los marcos de unos lentes de sol. Hace una semana estuvo en un slam de poesía trans en Río de Janeiro. Ahora se prepara para otra lectura de poesía en un evento organizado por la casa editorial donde publicó su primer poemario Animal Print.

El departamento huele a sahumero, en el living no hay sillas ni sillones, solo una pequeña mesa decorativa con tres cojines a su alrededor y un estante lleno de libros. Killa se sienta y hace bromas sobre el minimalismo, dice que sentada en el suelo con vista a un árbol de hojas verde intenso, se siente como en Japón.

Su nombre Killa significa luna en quichua y lo lleva como una especie de homenaje a su pueblo natal, a sus ancestros y sobre todo para recordar el trance que tuvo que atravesar cuando migró. El nombre Killa es también una forma de recuperar

la memoria de su abuela y todas sus antepasadas indígenas que fueron lentamente borradas por la historia.

Killa recuerda con cariño su infancia en Guayllabamba, un pueblo quichua en medio de los Andes, a unos 40 minutos de Quito, bajo los enormes árboles de aguacate vigilada siempre por las montañas y volcanes. De pequeña su nombre era Pablo e iba a una escuela militar. "Recién ahora a los 28 años puedo procesar las violencias que vivía mi cuerpo siendo una persona diversa. Pienso en el trauma y de vez en cuando sueño con militares que me están gritando", dice mientras mira a un punto fijo, suspira y vuelve a sonreír.

Cuando llegó a la adolescencia, con mucha insistencia logró que sus padres la pusieran en otro colegio. Killa se graduó en un colegio católico masculino de Quito. Como buena institución de élite, conservadora hasta el tuétano, requería de sus estudiantes un comportamiento intachable. Los cabellos debían estar siempre cortos y peinados, los tatuajes estaban prohibidos, se podía ser amigable con los compañeros pero tampoco pasarse de la raya, no vaya a ser que alguno se desvíe.

El único lugar donde uno podía dejarse llevar era el taller de teatro después de clases. Ahí ella y sus compañeros se permitían ser; el antiguo teatro del colegio era como el pasaje hacia un lugar sin preocupaciones, sin mandatos, sin la mirada castradora del padre.

Pero del arte no se puede vivir, al menos eso siempre le dijeron en su familia -pensamiento eco de toda una sociedad que busca que sus jóvenes se dediquen a cosas realmente importantes-. "Llegó el momento de decidir qué iba a estudiar en la facultad, mis mejores amigas se habían ganado becas del Estado para estudiar artes en Buenos Aires, y para mí esa ciudad siempre fue un referente en muchos sentidos. Empecé a sopesar la posibilidad de irme también porque además iba a ser muy difícil para mi familia pagar una universidad privada. Pensé en estudiar psicología, quería ayudar a la gente y mis amigas me decían que era buena escuchando y conteniendo

a los demás, supongo que de cierta forma también quería entenderme a mí misma”, cuenta.

Buenos Aires hace que Quito parezca un pueblo grande; la ciudad vibrante, enorme con sus avenidas de seis carriles y pequeños bares en casi cada esquina doblan a cualquiera. “Vi una ciudad más abierta a nivel vida LGBT, justo antes de venir de Ecuador había salido del closet como marica, allá todavía no daba toda la vuelta sobre mi identidad, eso me tomó más años. Ecuador todavía sigue siendo como una olla de presión cerrada. Se avanza de a poco, pero siento que acá estoy más cómoda con este tema”.

Fue durante la pandemia, en medio del encierro, las horas de introspección, la incertidumbre por el mañana, que tomó la decisión más importante de su vida: empezar la transición a un cuerpo que le permitiría ser quien es de verdad. “Ahora estoy viviendo lo que debí vivir en mi adolescencia, como chica, lo que nunca pude vivir, me doy cuenta de que siempre tuve que restringirme, recatarme, esconder lo que de verdad quería para que no se me mirara mal. Durante el encierro pude pensar en mi identidad, en lo que sentía desde siempre, pasé muchos años pensando que era normal sentirse incómodx en un cuerpo masculino, pensé que a todxs les pasaba y empecé a preguntar, a averiguar, y mientras más hablaba con gente me di cuenta de que este malestar, este sentimiento de no pertenecer no era algo que todxs experimentarían. Por eso en un inicio me reconocía como alguien no binarie, fui Pable con “e” durante algún tiempo”.

Pable le dio libertad, el impulso que necesitaba pero el constante sentimiento de estar en falta, de encontrarse en el lugar no deseado, acudía con mucha frecuencia a desordenar sus pensamientos.

“La Argentina tiene una de las leyes más avanzadas del mundo en materia de género, fue más fácil de lo que pensé acceder al cambio de identidad”, explica. En Argentina la ley 26743 también conocida como Ley de Identidad de Género fue san-

cionada en el 2012 y permitió que miles de diversidades puedan salir del encierro y de la discriminación de sus familias, vínculos y la sociedad en general.

Esta ley compuesta de 15 artículos reconoce que "toda persona tiene derecho al reconocimiento de su identidad de género, al libre desarrollo de su persona conforme a su identidad de género, a ser tratada de acuerdo con su identidad de género y en particular a ser identificada de ese modo en los instrumentos que acreditan su identidad respecto de el/los nombres de pila, imagen y sexo con los que allí es registrada". En otras palabras, la sociedad debe garantizar el respeto y aceptación del reconocimiento que el otrx tiene sobre sí mismx y su género, independientemente de la forma en que haya sido registrada en el nacimiento, rompiendo de cierto modo con el biologicismo y binarismo que constituyen nuestra sociedad.

"Este país me cambió la vida, la Argentina me dio todo. Acá pude estudiar, recibirme y volver a nacer. Acá pude aceptar quien soy, dejé de sentirme ajena y abracé muchas cosas que desde muy pequeña sentí y que no sabía explicarme, acá pude reconocirme como lo que soy: una mujer trans marrona, que lee, que escribe, que baila, que ama y ayuda a otras a sanar".

Todas las semanas Killa se reúne después de su trabajo como psicóloga en un equipo interdisciplinario en el Poder Judicial -que pudo obtener gracias a la Ley de Cupo Laboral trans-, con la gente de Socioballroom, una grupalidad autoconvocada inspirada en un movimiento que nació en los Estados Unidos cuando las personas LGBT, sobre todo travestis, latinas y negras, se quedaron sin casa tras haber sido expulsadas de sus hogares cuando "salían del closet" y que desde el destierro empezaron a formar familias autónomas y paralelas a la familia biológica creando una red de contención y un dispositivo alternativo de empoderamiento y restitución del valor, de su valor, en una sociedad que les odia. En ese espacio, Killa y su grupalidad proponen talleres de ESI, conversatorios sobre consumos problemáticos, y arman enlaces con distintos dispositivos estatales pues es necesario exigirle al Estado que garantice los derechos, no solo desde lo discursivo.

“Desde Socioballroom tenemos en cuenta que si bien algunas circunstancias han cambiado seguimos teniendo un montón de problemáticas y a este espacio se acerca mucha gente migrante, racializada, trans y no binaria, debido a las dificultades para acceder al trabajo, a la educación, a la vivienda, a la familia misma. Intentamos ser sostenes y nos preguntamos qué necesita la comunidad que se acerca acá y que forma familias paralelas acá y vemos que no tenemos idea de ESI, que repetimos un montón de violencias que nos llegan, porque claro ¿si nuestro cuerpo está atravesado de violencia, cómo no le vas a gritar a lo otro? ¿cómo no vas a repetir cualquier acto discriminatorio?”.

El sol de la tarde empieza a caer lentamente, el termo con agua para el mate está vacío. En una hora pasarán a buscar a Killa para la lectura de poesía. *Animal Print*, su primer libro de poemas, es una referencia a esta doble sensación que Killa experimenta casi todo el tiempo: ser muy fabulosa y estar llena de brillos -propia de la tradición travesti trans- y a la par sentir la destrucción, la soledad de alguien constantemente atacada y apartada por la sociedad.

La escritura ha sido su trinchera y su espacio seguro: “Escribo y leo desde que tengo memoria. Te hablé de la escuela militar; el viaje que yo hacía para llegar a la escuela era muy largo. Aprovechaba esas horas para leer e imaginar historias. Recuerdo que leí *El Beso de la Mujer Araña* como a los doce años, entonces tuve acceso a pensar una primera travesti, que en ese momento todavía en mi cabeza no era un concepto, no podía ponerle el nombre de travesti. Empecé a escribir en paralelo, jugaba a ser la persona que escribía, jugaba a crear personajes. Mis abuelas tuvieron mucha influencia en mí, una de ellas, la que sigue viva, es poeta, cuando era niña me juntaba con ella y me daba sus poesías para leerlas juntas, hablaban de la naturaleza, de los animales, de las montañas”.

La sensación agridulce que deja la migración fue también un potente motor, para ella escribir es vivir, no es solo un arte sino una práctica cotidiana. “Escribo, desahogo por ahí, evacúo por ahí. Si estoy muy enamorada escribo, si estoy triste

escribo, si estoy enojada o indignada escribo, lo que sea que sienta o piense, se va por ahí", dice.

Killa se levanta lentamente de su cojín y con sus delicadas manos adornadas de largas uñas pintadas de color verde neón, alcanza su poemario, después de buscar brevemente entre las páginas. "Este se llama Animal Print, es el primer poema y el que le dio nombre al libro y dice: cada día que pienso en matarme y no lo hago, se me tatúa piel adentro, una mancha de leopardo".

Frente al espejo

Autora: Berenice Lorenzo

Profesora titular: Diana López Gijsberts

Asignatura: Taller de Producción Gráfica III

Palabras claves: identidad – género

LA HISTORIA DE ALEX

Micaela iba al jardín cuando empezó a reprocharle a su madre el nombre que figura en su partida de nacimiento. Dice que nunca le gustó; que siempre sintió cierto rechazo. Incluso, le molestaba que otras compañeritas de clase se llamaran igual. Todos los días preguntaba en su casa cuándo podía cambiárselo, hasta que, a los 14 años planteó de manera muy seria que cuando cumpliera los 18 finalmente iba a elegir otro nombre. “Cuando se lo dije a mi mamá, sentí que le rompí un poco el corazón. Así que desistí de la idea e intenté amigarme con el nombre”, explica Alex, el nombre que escogió hace un tiempo pero que, aún, no todos conocen.

Sin embargo, tiempo después todo surgiría otra vez. Cuando terminó la secundaria y dejó Pehuajó, su pueblo natal, se mudó a La Plata a estudiar la carrera de Licenciatura en Artes Audiovisuales. Dice que allí comenzó a sentirse “libre”. Fue entonces que, decidió darle presencia a las dudas que tenía en torno a su identidad de género y empezó a barajar otras opciones, como la del camino de la transición. “Me permití pensar y preguntarme cosas en plan de qué podía hacer con lo que me pasaba”, cuenta.

Hoy, con 30 años, la idea de cambiar su nombre en el DNI se ha convertido en un deseo claro y firme. Si bien es algo que aún está en proceso, sabe que se concre-

tará en el mediano y corto plazo. Por momentos piensa que Micaela es parte de su identidad, pero al transcurrir el tiempo, lo siente cada vez más lejano y sabe que no la identifica por completo. Dice, pensativa, que está en un constante (re)descubrimiento personal. "Es difícil porque te replanteas toda la estructura de tu identidad", confiesa.

En Argentina, la Ley N° 26.743 de Identidad de Género se sancionó el 9 de mayo de 2012. Fue pionera en el mundo en materia de derechos humanos ya que reconoce el derecho a que todas las personas puedan inscribirse en su documento nacional de identidad conforme a su identidad de género. En su artículo 2, la ley brinda la definición de lo que se entiende por identidad de género: "vivencia interna e individual del género tal como cada persona la siente, la cual puede corresponder o no con el sexo asignado al momento del nacimiento, incluyendo la vivencia personal del cuerpo. Esto puede involucrar la modificación de la apariencia o la función corporal a través de medios farmacológicos, quirúrgicos o de otra índole, siempre que ello sea libremente escogido. También incluye otras expresiones de género, como la vestimenta, el modo de hablar y los modales".

Es decir, la norma establece que, aquellas personas mayores de edad, podrán solicitar la rectificación registral del sexo, el cambio de nombre de pila e imagen cuando estos no coincidan con la identidad de género autopercebida, sin autorización judicial ni médica. También garantiza el acceso a niños, niñas y adolescentes menores de dieciocho años, quienes podrán efectuar el trámite administrativo mediante sus representantes legales, con expresa conformidad del menor y con la asistencia del Abogado/a del Niño/a.

Asimismo, la normativa fue complementada el 21 de julio de 2021 por el Decreto presidencial 476/2021, que incorporó la posibilidad de optar, tanto en el DNI como en el pasaporte, por la nomenclatura "X" como alternativa al momento de consignar el género. Esto reconoce a aquellas personas que se consideran no binarias, es decir, quienes no se sientan identificadas dentro del binomio masculino/femenino.

Esta ley, que constituye un acontecimiento histórico para la democracia argentina y un avance de vanguardia a nivel internacional, es el resultado de años de lucha y reclamos sostenidos a lo largo del tiempo por parte del colectivo transgénero y marca un punto de inflexión en lo que respecta a la visibilización, la representación y la reivindicación de un sector que, históricamente, sus derechos le fueron negados. Hoy, este articulado no solo aborda el derecho a la identidad, sino que también ampara el deseo y la oportunidad de vivir en un marco de libertad e igualdad.

Mica para sus "compas" de trabajo; Alex para su novia, en las redes y en el grupo de Scout, donde trabaja como educadora de niños y niñas de entre siete y diez años. Nació en Pehuajó, una localidad ubicada en el interior de la provincia de Buenos Aires, a poco más de 300 kilómetros de Capital Federal. Creció en el seno de una familia conservadora, clase media, con un vínculo muy cercano a la Iglesia. Hizo jardín, primaria y secundaria en un colegio católico de monjas y todos los fines de semana la llevaban a misa. Su abuelo, laico consagrado, era el comisario del pueblo y ostentaba la jerarquía tanto fuera como dentro de la casa. Y al ser hija única, siempre fue bastante más adulta y responsable que lo que su edad ameritaba. "Toda mi crianza fue muy militarizada; nunca tuve mucho espacio para cuestionarme cosas", recuerda. "Yo sentía que mis posibilidades reales y concretas de manejarme eran muy limitadas", agrega.

En el pueblo nadie delibera mucho nada. Son todos sujetos muy ortodoxos que solo repiten discursos. Los adolescentes no se emborrachan ni se tiñen el pelo de otro color. Mucho menos se atreven a hacerse un piercing; sería casi un delito. Nadie desafía ninguna regla. El colegio no es permeable a las disidencias en ningún aspecto y se maneja bajo el régimen de la heteronorma. Pero ella es ese tipo de alumna curiosa, incisiva, impetuosa y militante apasionada por la justicia social y, en ocasiones, eso molesta. De hecho, se pelea todos los días con la profesora de catequesis por su falta de empatía. La catequista dice que ella solo hace preguntas incómodas. Es por eso que siente que no encaja y que, de cierta manera, no le permiten ser.

“Pero en el pueblo es matar o morir”, afirma. “No hay mucha opción de ser disruptivo cuando no tienes un espacio para expresarte”, aclara después. Alex siempre tuvo que elegir entre no tener vida social o resignar partes para pertenecer. Sin embargo, asegura que no cree que haya vivido su adolescencia como una mentira, sino que siente que intentó encontrar, dentro de todo su espectro, qué partes podía socializar y cuáles no.

Mientras tanto, el nombre Micaela le sigue pareciendo fatal. Mira a su alrededor, observa a su grupo de amigos y se da cuenta que, al parecer, nadie tiene preguntas, incomodidades, ni extrañamientos sobre su vivencia identitaria o su sexualidad. No obstante, ella no cree transitar un camino de certezas. Necesita explorar.

A los quince años empieza a salir con un compañero de colegio. Tienen una buena relación y la pasan bien juntos, pero en el fondo Alex empieza a pensar qué pasaría si tuviera que estar toda la vida con él. La idea la desespera; siente que, de ser así, se moriría. Necesita conocer otras cosas, estar con otras personas. “Recuerdo que lo primero que se manifestó en mi adolescencia fue la bisexualidad. Pero no había gente bisexual, ni en la tele ni en el pueblo. O sea, no había representación ni terminología”, relata. Por aquel entonces, año 2008, no había mucho lugar para las disidencias sexuales.

La Plata, 2023. Hace ya 12 años que vive en la ciudad de las diagonales. Descubre que la vida allí es abismalmente diferente. Siente que puede encontrar un espacio para desatar los nudos del pasado y cuestionarse de qué forma quiere vivir, realmente. Y hace un tiempo, también, que decidió cortarse el pelo, casi rapado. Suele vestirse con looks relajados: buzos holgados, jeans de corte recto y zapatillas. Dice que no le gusta usar corpiño; le incomoda. Hace cerámica, tomó clases de maquillaje artístico y se animó a ponerse un arito en la nariz. Se declara feminista, le gusta hablar en lenguaje inclusivo y es una ferviente militante de los derechos de la mujer y las disidencias, ya sea marchando en las calles o comunicando en sus redes. Se considera una persona trans y no binaria.

Hace tres años que conoce a quien ahora es su novia y conviviente. Casualmente ambas llevan el mismo nombre, una ironía del destino. Las unió la comunidad de Scout, un movimiento infanto/juvenil que educa a niños, niñas y jóvenes mediante una metodología no formal y basa su enseñanza en valores y el compromiso por ellos.

El departamento en el que viven habla por sí solo: al entrar, se ve un gran sillón violeta oscuro en medio de la sala de estar; hacia la derecha, se integra la cocina con una barra de mármol donde luce una heladera de color gris acero decorada con distintos imanes que aluden al feminismo, a la Ley de Educación Sexual Integral y al Movimiento Ni Una Menos; en frente de la barra, un camino de tejido artesanal rojo y púrpura, comprado en un viaje al norte argentino, decora todo el largo de la mesa de vidrio. El lugar tiene paredes blancas y sobre ellas cuelgan dos cuadros con frases que tienen de fondo la bandera de la diversidad. Es como si la casa transmitiera un espíritu de lucha y de libertad.

“Con la primera persona que lo hablé y lo traje a lo concreto fue con mi novia. Ella empezó a decirme Alex en Scout, que es el nombre que yo elegí. Ahí es donde más lo he socializado”, cuenta. Recuerda que, al principio, habían pensado en tener una charla al respecto con el grupo, pero tampoco sabían cómo iniciar el tema. Hasta que, finalmente, decidieron que no iba a haber ninguna conversación en especial. “No lo hicimos porque sabíamos que les pibes me iban a matar a preguntas y que yo incluso no tengo las respuestas a todo. Así que lo dejamos para que quien quiera pregunte y el que no, no”, concluye. Resulta que la “revelación” de su nuevo nombre se dio de una manera natural, casi intrascendental. Para su sorpresa, fue más relajado de lo que esperaba. “Todo lo que tiene que ver con la identidad de género lo tienen más claro, lo toman de una forma más liviana y orgánica que mi generación”, asegura. El grupo de exploradores donde Alex es voluntaria se caracteriza por ser una comunidad muy politizada. Por ende, siempre suelen abordar y debatir todo lo que tenga que ver con cuestiones políticas, derechos humanos y la lucha de los movimientos sociales.

Por estas horas, Alex experimenta el camino de la transición. No lo ha exteriorizado en muchos lugares ni compartido con muchas personas. Depende en qué ámbito se mueva, es como la llaman. Y eso, muchas veces, le genera un caos a nivel personal. “Siento que estoy todo el tiempo repensando la experiencia de lo trans en relación al encuentro con el exterior”, revela con la voz un poco entrecortada. Por eso cree que el cambio empezaría con rectificar finalmente su nombre en el DNI. Y está camino a eso. De hecho, ya hizo la averiguación pertinente en el Registro Nacional de las Personas y la gestión resulta ser breve y sencilla: con documento vigente en mano, se solicita la modificación del acta de nacimiento y una vez obtenido, se tramita luego el nuevo DNI. La ley pone el énfasis en la voluntad y el pleno deseo de quien quiera iniciar el trámite y ser reconocido conforme a su identidad.

En este sentido, es que Alex celebra la implementación de la ley y manifiesta que "si existe no es porque alguien la inventó porque tenía ganas, sino porque había realmente una necesidad". Si bien siente que, en lo particular, no necesita de una norma que la defina ni nada que le dé seguridad para (re)afirmar quien es, no obstante, asegura que "cuando entras en contacto con el exterior eso te devuelve una respuesta; entonces no es lo mismo que esté la ley a que no esté, porque constituye un amparo legal, nos reconoce y entiendo que eso cambia la experiencia personal de la gente".

El género es una construcción cultural y categórica para entender y organizar el mundo. El binomio masculino/femenino ordena las sociedades, asignándose roles y atributos de acuerdo a qué implica ser hombre y qué implica ser mujer. Así es como se crean los estereotipos de género, se consolidan, se asumen como válidos y se replican por generaciones. Quien no encaje dentro de ese binario y no cumpla con las normas de comportamiento que cada sociedad pretende, quedaría fuera del "sistema" y recluido a una situación de desigualdad estructural.

Sin embargo, el binarismo no define ni aplica para todas las personas, ni abarca todas las experiencias de vida. Hay quienes no experimentan un vínculo acorde entre su cuerpo y el género asignado; están quienes sienten que no cumplen con las expectativas que la sociedad espera y otros que se identifican directamente con el género opuesto.

Dentro del espectro no binario, está el género fluido. Cuenta Alex que este término plantea al género como un espectro donde en algún extremo estaría el concepto de mujer y, en el otro, el concepto de hombre. En el medio, estaría la fluidez o lo no binario, que serían las personas que fluctúan de un género a otro, en alguna

escala. “Me pasa mucho entonces que, con la experiencia del género fluido, es muy difícil la identificación. Porque si bien, todos son construcciones sociales, en la práctica tenemos un imaginario colectivo de lo que es un hombre y una mujer, o de cómo se tiene que comportar y demás. Pero el género fluido pone un poco en jaque todo eso, porque físicamente es imposible que vos un día tengas tetas y al otro día no las tengas”, explica. Con la voz acelerada y mediante ademanes, confiesa que “de alguna forma, por cuestiones prácticas, necesito definir algo”. Hay momentos en los que el nombre no le genera nada; otros en los que siente que le urge cambiarlo de una vez.

Por estos días, Alex cree que el proceso de redescubrimiento consigo misma es como un continuo que no va acabar jamás. “Porque siento que no hay un lugar a donde uno llegue y se quede. Por lo general, siempre cambiamos y está en la naturaleza del ser humano mutar, por ende, siento que no va a haber fin”, revela.

En tanto, cuando por fin las dudas se neutralicen y decida ser quien quiera ser, sabe que contará con un instrumento legal que la protegerá y le servirá para legitimar su identidad y la manera en la que quiere habitar este mundo.

ALGUNOS DATOS

La abogada y especialista en Derecho de Familia por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Antonela Coroli, realizó su tesis final de especialización sobre el rol de los abogados y abogadas de infancias y adolescencias en relación al ejercicio del Derecho de Identidad de Género de los niños, niñas y adolescentes, en el Departamento Judicial de La Plata. En este marco, Coroli expuso en su trabajo un estudio elaborado por la Dirección Nacional de Población del Registro Nacional de las Personas (RENA-PER)¹, el cual determinó que:

1

- Desde mayo de 2012 hasta el 11 de abril de 2023 se han realizado 16.090 rectificaciones.

- En cuanto a la elección de género: el 56,95% optó por la categoría “mujer” (9.164) y el 36,56% eligió la opción “varón” (5.882).

- Desde el 21 de julio de 2021 (fecha de sanción del Decreto N° 476/21) hasta el 12 de abril de 2023 - se han realizado 1.044 trámites de rectificación registral por fuera del binomio masculino/femenino (nomenclatura “X”), siendo el 6,49% del total de trámites.

- La población que realiza el trámite de cambio de género en su DNI se caracteriza por ser joven adulta. El promedio de edad de cambio es de 28 años y la mitad de la población tiene menos de 25 años.

- Casi el 19% de las personas que eligieron el género masculino realizaron la rectificación siendo menores de edad, mientras que entre las personas que eligieron el género no binario, el 10,25% lo hizo antes de alcanzar la mayoría de edad y solo el 3,40% de las personas que eligieron el género femenino lo hicieron entre los 0 a 17 años.

- Actualmente, alrededor de 34 de cada 100.00 habitantes tienen el DNI rectificado acorde a la Ley de Identidad de Género. La mayoría de las personas que realizaron el trámite de rectificación registral residen o residían en los grandes centros urbanos de Argentina.

Almuerzo con historia

Autora: Agostina Cejas

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

Fue uno de esos típicos almuerzos familiares que se celebraban en la casa de mis abuelos los domingos al mediodía. La mesa estaba adornada con un espectacular asado que mi abuelo había preparado y sazonado con esmero. El aroma a carne a la parrilla llenaba el aire, y el sonido del chisporroteo de la carne sobre las brasas se desparramaba en nuestros oídos.

Las ensaladas de todo tipo, desde una fresca ensalada de lechuga y tomate hasta una elaborada ensalada de papas, se alineaban en la mesa. Los colores vibrantes de los vegetales contrastaban con la carne dorada, creando un festín visual que anticipaba una deliciosa comida.

Para los adultos, se sirvió un vino tinto Malbec, cuidadosamente seleccionado para acompañar el asado. Las copas tintineaban en brindis, y las risas y conversaciones fluían en medio del ambiente familiar y cálido.

Para los más chicos, como yo y mis primos, había Coca-Cola bien fría en la mesa. Las botellas gaseosas destilaban burbujas y prometían un toque dulce que nos hacía sentirnos adultos a pesar de ser todavía niños.

Fue en ese contexto, con la mesa llena de manjares y la familia reunida, que mi tío Maximiliano decidió compartir la historia de su participación en la protesta de los años 90. La comida, con su sabor casero y las bebidas familiares, crearon un ambiente acogedor que acompañaba con la intensidad de la historia que estábamos a punto de escuchar.

Había una multitudinaria marcha en Buenos Aires, y él, como joven estudiante lleno de convicciones políticas, quiso unirse a la manifestación para expresar su descontento con las políticas gubernamentales. Mientras compartía su historia, sus ojos reflejaban la emoción de recordar aquellos días. Pero lo que más me sorprendió fue cuando mencionó a nuestra bisabuela, Esthercita. Contó que la vio en medio de la multitud, sosteniendo una pancarta con las palabras “Nunca más”. Fue un momento conmovedor, y mi tío explicó cómo la valentía de Esthercita, quien había vivido la dictadura militar, lo inspiró profundamente.

Mi bisabuela había perdido amigos y seres queridos durante aquellos años oscuros, y su participación en la protesta era un testimonio de su firme determinación y su deseo de justicia.

“La mirada decidida de ella mientras sostenía ese cartel era un recordatorio de la importancia de mantener viva la memoria histórica” decía el tío con mucha convicción.

A medida que la historia deleitaba mis oídos, me di cuenta de la conexión entre las luchas pasadas y presentes en Argentina. Fue un momento que nos hizo reflexionar sobre nuestra propia familia y sobre el papel que cada generación tiene en la construcción de un futuro más justo y democrático para nuestro país.

En este domingo especial, la historia de nuestra familia se entrelazó con la historia de Argentina. Tanto mis primos como yo entendimos la importancia de este suceso.

Hoy más que nunca, sabemos que es inadmisibles que se reivindique algo tan atroz como la última dictadura Argentina. Por eso nuestro deber como ciudadanos es rememorar y seguir conquistando espacios para consagrar la justicia que anhelamos, para que nunca más la muerte vuelva a vestir las calles.

Crecer en democracia

Autora: Carolina Cuevas

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

El 30 de octubre de 1983 los argentinos volvieron a votar. Habían perdido ese derecho, junto con muchos otros, el 24 de marzo de 1976, cuando fue derrocado el gobierno de Isabel Perón a través de un golpe de Estado encabezado por las Fuerzas Armadas.

“Más que una salida electoral, es una entrada a la vida”, decían los afiches en blanco y negro, en los que se dibujaba una puerta misteriosa... “Borom Bom Bom, vamo’ la hinchada de la nación”, rezaba otro, color amarillo y tono futbolero. De a poco los vi aparecer en las paredes, silenciosas hasta entonces de todo proselitismo, de las calles cerca de casa.

Así eran los carteles que en 1983 dieron forma a la primera campaña proselitista de la que fui testigo. Son mis primeros recuerdos de la democracia recuperada en Argentina: comenzaron a acumularse durante los ocho meses previos a la elección del 30 de octubre y casi diez meses antes de que el régimen de facto abandonara la Casa Rosada.

Los recuerdos alimentados por la TV son todavía más vívidos. Cuando pasaban el aviso de la Unión Cívica Radical, yo cantaba a viva voz el “adelante radicales, adelante sin cesar” y trataba de reproducir el gesto de victoria del entonces candidato Raúl Alfonsín: una suerte de apretón de manos sobre el lado izquierdo del cuerpo, brazos en alto, codos en ángulo recto... una maniobra difícil para los brazos cortos de

una niña de 4 años. Del spot del Partido Justicialista, que encabezaba Ítalo Luder, me gustaban los dibujos animados (aunque no entendía qué eran esos teatros con cartel de "clausurado" y las sirenas de patrulleros que sonaban de fondo).

No tenía muy claro cuál de los dos me gustaba más. Tampoco importaba: crecí en una familia dividida de peronistas acérrimos y radicales a ultranza. Una familia "polarizada", para usar un término más en boga en la Argentina de hoy que en la de entonces. Y me gustara el que fuera, no había manera de dejar a los dos abuelos contentos.

Mi abuelo Francisco decía que Alfonsín era un tipo serio y no quería saber nada con Luder; mi abuelo Luis le agradecía a Perón los derechos reconocidos como trabajador en la década de 1940 y le había jurado fidelidad al partido desde entonces. Recuerdo las disputas de domingo, que acababan cuando mi abuela, persignándose, pedía que ya basta, "que nos va a caer mal la comida a todos".

Está claro que los abuelos votaron (siempre) distinto. Los dos, sin embargo, se dieron un abrazo memorable ese domingo 30. Una frase en un afiche de Alfonsín, el ganador contundente de esa jornada, tal vez resume ese sentir mejor que nada: "Ganamos, pero no derrotamos a nadie".

Y lo que sucedió después me remite a años en los que se respiraban derechos, o la consolidación de los mismos. Recuerdo a las abuelas con pañuelos blancos en la plaza caminar dando vueltas y reclamando a sus hijos, también las plazas llenas escuchando a un presidente en el balcón de la casa Rosada algo que era nuevo para mí, yo iba a la escuela y ya se podían escuchar lecturas que estuvieron silenciadas en los años de dictadura. Y la realidad es que yo crecí en democracia, con prácticas en libertad, ejerciendo mis derechos y peleando porque se respeten, emocionándome en cada elección, sufriendo con el corralito, los patacones y la ida en helicóptero de un presidente. Conmovido enfrente del televisor viendo cómo desfilaban presidentes y presidentes en la total incertidumbre y festejando en la plaza de mi ciudad cuando asumió Nestor en el 2003. En estos años participé en muchas oportuni-

des en asociaciones políticas sindicales, militando en partidos políticos, asistiendo a marchas en distintos puntos de la ciudad exigiendo que se cumplan mis derechos como ciudadana. En síntesis: respiré y respiro democracia, me gusta participar en sociedad, vivir mis derechos y mis oportunidades, soy docente y narro a mis alumnos y alumnas permanentemente historias en democracia. Es fundamental crear sujetos de derechos que conozcan sus derechos y obligaciones y se acostumbren a ejercerlas, al fin y al cabo son los ciudadanos del futuro y algún día nuestros gobernantes.

No sé si es un relato, es la historia de mi vida y sí: tengo 44 años y puedo dar las gracias que crecí en democracia.

Cuándo volveremos a ser los mismos

Autor: Mateo Yancán Solá

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

Cuando sonó el llamado los jóvenes empezaron a murmurar, a soñar con una historia prodigiosa. Entendible, en Los Toldos había poco para hacer. El que no iba al colegio, trabajaba en el campo o lo hacía en el almacén o era el único que se encargaba de un oficio en particular. Además, la sociedad, y Los Toldos más que nada, pedía hombres fuertes y valientes. En el campo ya era indispensable ser fuerte, ocuparse del rancho, de los animales, de la cosecha. El hombre debía ser capaz de encargarse de esas tareas y en Los Toldos abundan de esos hombres.

A eso, se le sumaba el increíble honor de formar parte del ejército nacional. Y no sólo ser parte, sino sacar a "estos gringos de mierda de nuestras islas". La gran mayoría de jóvenes fantasearon con atender al deber. Quién no fantaseó con las películas de tiros, después de todo, tenían 17, 18, 20 años. Varios se quedaron en la fantasía, otros tantos se excusaron con la primero que encontraron. Sin embargo, un grupo de intrépidos se comprometieron al sueño del condecoramiento y de la pose firme. Inocentes.

El pueblo despidió a los niños, en Los Toldos los corsos eran el evento al que asistir en el año, por lo que fue la perfecta excusa para traerlo de vuelta de la proscripción. La despedida se sintió como tal, como un corso, a menor escala, pero por un ratito volvió a iluminar al pueblo. Después de todo, allí no existió el estado de sitio, la gente se enteraba de ese tipo de represión cuando salía del pueblo. Ese evento

fue bellísimo, ilegalísimo también, pero nadie iba a decir nada, incluso la policía los custodió hasta "el monumento". En el pueblo todo el mundo se conoce y los chicos se tenían que despedir "como tiene que ser".

Los toldenses pudieron despedir a sus uniformados pibes, a los guerreros perfectamente afeitados, que se retiraron encima del autobomba de los bomberos. Las madres besaron a sus hijos antes de que tomaran la 7 para Buenos Aires, Nelita era la más consternada. Nelita era la madre de Facundo y la maestra del Normal N°1. El amor de los nenes hacia ella era unánime y el pueblo le tenía el mismo cariño. Le tuvieron que arrancar a su hijo de los brazos para que se subiera al coche y saliera para la ruta, tan fuerte era el abrazo que parecía querer quedarse con una parte de él.

El pueblo festejó las noticias que llegaban de la capital, las primeras victorias del Ejército Argentino en las islas. Todas las mañanas y noches Nelita le rezaba al altar que creó con fotos y "cositas" de Facundito. Pero el tiempo es el único que no perdona, además de los ingleses. Las victorias y el optimismo empezaron a desaparecer, con ello, la sonrisa de Nelita. Cuando las familias recibieron la noticia de la derrota, no había día que no preguntaran por los chicos. Las cartas nunca fueron respondidas, las llamadas tampoco, un funeral pareció lejanísimo.

Para el alivio toldense, algunos de los chicos volvieron. Y en ese momento se enteró Nelita, ella ya lo sabía, pero en ese momento "cayó". La camada que dejó Los Toldos había sido pequeña, más aún la que volvió. La comparsa, el corso y la gente en la vereda regresaron a Los Toldos con el tiempo. Lo que nunca volvió fue Facundito, a Facundito nadie lo volvió a ver.

Obviamente Nelita no volvió a ser la misma, quién lo sería. Se la bautizó de "pobre", la Pobre Nelita y la pena se hicieron compañeras. Al tiempo de que Facundo partiera, o mejor dicho, no volviera, se jubiló. Muy joven, casi obligada, se dispersaba con facilidad y le costaba mantener una conversación durante más de una hora. Nunca le alcanzó el dinero para mucho, desde ese momento mucho menos. De todas formas, no era lo que más importaba, tenía pocos gastos, comía poco y quizás se juntaba

con las chicas una vez por mes. Cuando iba a hacer las compras los vecinos la señalaban con anécdotas, cada vez que dejaba un cuarto, un local o el café con las chicas:

—Pobre mujer.

—¡Ay sí! y encima el nene era tan buen pibe.

—Ya debería pasar página igual, pasó hace mil años.

—Ay negro, por Dios, respetá.

Las que tenían más confianza la iban a visitar a veces. La sonrisa no desapareció, más por compromiso que por otra cosa. Intentó reencontrarse con la felicidad pero rápidamente se dio cuenta de que no había felicidad, no podía haberla, porque faltaba algo, aún peor, le habían arrebatado algo. De ella quedó el cuerpo, la luz se la llevó Facundo. Con el tiempo Nelita también se fue. En Los Toldos quedó sólo el altar: el soldado y su madre en un abrazo eterno.

Disfrutar del descanso

Autora: Soledad Garnica

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

Todas las mañanas nos sentamos en la mesa redonda frente a la ventana que da al jardín. Mi mamá tiene su asiento y yo el mío. Cada desayuno es un ejercicio de memoria que se teje en palabras mientras tomamos el té.

Ella nació en los 50', entre los parajes de Cushamen, Chubut. A sus 13 años el campo que había aprendido a trabajar con su abuela, su "mamá", ya no estaba más. Nadie sabe muy bien cómo fue que sucedió eso. Mi bisabuelo tenía un campo, un día lo vendió y lo siguiente fue que empezaron a vivir en una casucha con piso de tierra y una extrema miseria en el pueblo. Mi mamá era bilingüe, como la mayoría de los mapuches de ese tiempo. Se comunicaba en mapuzugun con sus abuelos, y en español con los demás del pueblo. Ella repetía varias veces que no le gustaba vivir allí y que sólo le generaba tristeza, pues sus abuelitos no tenían ningún dinero y estaban muy viejitos, la única que podía ayudarlos era ella. Por eso, cuando una conocida de la familia le dijo que podía conseguir trabajo en Bariloche, no dudó en mudarse para irse a trabajar cama adentro. Así se fue mi mamá. Con menos de 17 años ella trabajó en las casas de los ricos cuidando sus niños, limpiando sus hogares y olvidado su lengua. En la limpieza encontró una vocación y no le disgustaba, porque según ella lo que ganaba le alcanzaba para vivir y para mandarle dinero a su mamá.

En sus recuerdos dice que tuvo varias vidas, aunque nunca fue adolescente, saltó de la niñez a la adultez y nadie protestó. En el medio pudo trabajar en hoteles

con trabajo "en blanco", pero cuando fue mamá de mis dos hermanas, y decidió divorciarse del papá de ellas, empezó de nuevo a trabajar en la limpieza. Esto le permitía poder mantenerlas y cuidarlas, porque no podía contar con la economía de su ex. La vida pasó entre diferentes climas políticos y a sus 60 años comenzó a pensar en su jubilación. Ella comprendió que en tantos años de trabajo no tenía los aportes necesarios, sus patrones no habían hecho los trámites y ella tampoco preguntó. Fue entonces que empezó a buscar alternativas y la encontró. En 1995 se había sancionado la Ley Nacional 24.476 de Moratoria Previsional. Esta ofrecía la oportunidad de poder jubilarse a través de pagos. Néstor Kirchner la implementó durante su mandato, pero fue en el 2011 que mi mamá, quien desde la infancia cuidó y trabajó para sus seres queridos, pudo jubilarse. "Yo tengo la jubilación de Cristina", dice ella mientras revuelve el té.

"La que me ayudó fue una abogada, conocida de mi amiga Gladis. Muy buena mujer, no me cobró nada. Le di un dulce casero en agradecimiento", me mira y voltea a ver sus plantas como quien ya puede disfrutar de su descanso.

Esquivar la muerte

Autora: Soledad López

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

Julio estaba agitado y revoleó el morral sobre el sillón y cerró las tres trabas de la puerta que nunca se usaban. Alicia tenía en brazos a la bebé de 13 días. Él se acercó y les besó la frente a las dos en silencio y las abrazó por unos segundos.

—¿Qué pasa? Estás pálido. Viniste temprano —dijo ella.

—Antes de subirme al tren compré el diario y vi que mataron al Turco. Me vine directo a casa. Nos tenemos que ir —contestó.

—¿Cómo, cuándo fue? Si ayer te ibas a ir a Capital con él...

—Ese día fue, no lo puedo creer. Parece que interceptaron el auto cuando salían de la Universidad y encontraron el cuerpo junto con el de Carlos Miguel por el acceso Sudeste. Estaban llenos de balas. Me vine directo a casa, no quise pasar a hablar con nadie. Mirá si nos están vigilando.

—Qué hijos de mil puta. No lo puedo creer. Nos van acorralando.

—Agarrá dos mudas de ropa que tenemos que irnos, aunque sea unos días hasta que se aclare el panorama.

—Te salvaste de milagro Julio, menos mal que tuviste que trabajar hasta tarde en la radio y no llegaste para viajar con él. Qué cerca estuviste... Pobre Turco, pobre familia Achem. No podemos seguir así. Tengo miedo todo el día. Hasta que no llegás a casa no respiro.

—Dale, vamos. Rápido, si nos apuramos tomamos el tren y nos guardamos unos días en el campo. Antes de subir aviso al trabajo que no voy mañana por las dudas.

A los diez minutos estaban saliendo de la casa ubicada a la vuelta del Parque San Martín. Se subieron al auto. La bebé dormía a upa de Alicia.

El día que mi viejo no murió

Autora: Soledad López

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,
Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

Desde que soy chica en la familia se habla de que en la época de la dictadura Julio, mi viejo, ahora el abuelo, zafó de que los militares lo asesinaran. Se iba a encontrar con un amigo pero no pudo ir, y gracias a eso salvó su vida.

La historia se repetía de tanto en tanto pero nunca se profundizaba sobre lo que había pasado. Recuerdo haber repetido la historia a mis hijos y sobrinos que con ojos de asombro quedaban impactados. Pero tampoco preguntaban cómo fue.

Lo cierto es que hace un tiempo Julio o Cuyi, como le decían sus amigos de aquella época, nos contó sobre esa historia sobre la que nunca, ni yo ni mis hermanos, habíamos preguntado.

El 8 de octubre de 1974 tenía 29 años y se desempeñaba como periodista. Estudio en la Escuelita de Periodismo de 44. Tenía dos trabajos, por la mañana en Radio Universidad, que en ese momento se llamaba radio Eva Perón "La voz de la Juventud", y a la tarde en la oficina de prensa de Presidencia de la Nación en Capital Federal.

El día anterior Cuyi había acordado con el Turco Achem que se iba con él a Capital Federal, para aprovechar el viaje en el auto oficial. El turco era Secretario de Supervisión Administrativa y Carlos Miguel (que lo acompañaba), Director de Planificación, eran el núcleo de gestión en la Universidad Nacional de La Plata, uno del área administrativa y el otro, académica.

A Julio se le complicó el trabajo de la radio y tuvo que quedarse hasta más tarde y no pudo viajar, le aviso por teléfono que no llegaba.

Cuando regresó al día siguiente a su casa, se enteró a través del Diario Crónica, que compró en la Estación Constitución, que asesinaron a dos funcionarios de la Universidad de La Plata. “El Turco y Carlos Miguel salieron del rectorado siete y pico u ocho de la mañana, y se subieron al auto oficial con el chofer de la Universidad. A los pocos metros los interceptó una patota, los secuestraron, los llevaron en un auto, los cagaron a tiros y los tiraron por el acceso sudeste”.

El relato trasladó a Julio en el tiempo y recordó aquel momento cuando tomó conciencia de lo cerca que estuvo de perder la vida. “Llegué a casa agitado y cerré las tres trabas de la puerta que nunca se usaban. Alicia tenía en brazos a Soledad de solo 13 días”.

Él se acercó y les besó la frente a las dos en silencio y las abrazó por unos segundos.

—¿Qué pasa? Estás pálido. Viniste temprano —dijo ella.

—Acabo de ver en el diario que mataron al Turco. Salí rápido para llegar a casa. Nos tenemos que ir —contestó.

—¿Cómo, cuándo? Si ayer te ibas a ir a Capital con él...

—Ese día fue, no lo puedo creer. Parece que interceptaron el auto cuando salían y encontraron el cuerpo junto con el de Carlos Miguel por el acceso Sudeste. Estaban llenos de balas. Me vine directo a casa, no quise pasar a hablar con nadie. Mirá si nos están vigilando.

—Qué hijos de mil puta. Nos van acorralando.

—Agarrá dos mudas de ropa que tenemos que irnos, aunque sea unos días hasta que se aclare el panorama.

—Te salvaste de milagro Julio, menos mal que tuviste que trabajar hasta tarde en la radio y no llegaste para viajar con él. Qué cerca estuviste... Pobre Turco, pobre familia Achem. No podemos seguir así. Tengo miedo todo el día. Hasta que no llegás a casa no respiro.

—Dale, vamos. Rápido, si nos apuramos tomamos el tren y nos guardamos unos días en el campo. Antes de subir aviso al trabajo que no voy mañana por las dudas.

A los diez minutos estaban saliendo de la casa ubicada a la vuelta del Parque San Martín. Se subieron al auto. La bebé dormía a upa de Alicia.

Foto

Autora: Teresa Arrien

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I



María había cosido su vestido azul a mano. Domingo, elegante como nunca, lucía una camisa blanca y su único par de zapatos de vestir. Era diciembre, se habían casado y a los pocos días Domingo fue secuestrado y desaparecido.

Si mirás con atención la foto, podés ver en los rostros de la pareja felicidad, sueños personales, también sueños colectivos, de lucha. Ganas de cambiar la patria, ganas de cambiar las cosas entre todos, por el bien de todos.

María tejía escarpines desde la cama de Mónica, con la columna maltrecha por escapar de los asesinos. Domingo, con su pierna izquierda enyesada la miraba atento, pero no decía nada.

Un día gris, María le mostró la foto a Mónica, quien amamantaba a su bebé, el testigo más joven de la película de terror que estaban viviendo.

Conversaban sobre el arte textil de María, de política, de hijos y de la familia. Pero a veces se quedaban en silencio, muchas veces. Y en esos momentos se miraban a los ojos, y justo ahí aparecía Domingo, con su seriedad y su ternura silenciosa y militante, con su camisa blanca y sus zapatos de vestir.

Glitter verde

Autora: Sofia Barbieri

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

El 3 de junio de 2019 asistí por primera vez a una marcha en la ciudad de La Plata. Todo fue bajo la consigna del aborto legal, seguro y gratuito. Me encontraba estudiando en ese entonces la Licenciatura en Psicología y vivía en una residencia de estudiantes. Eran las 17 horas cuando había organizado ir a la marcha junto a mis compañeras de convivencia Nicole y Evangelina. Entre los preparativos de llevar los colores que representaban esta lucha, recuerdo que nos sentíamos como niñas que aún no sabían a lo que iban a enfrentarse.

Cuando llegamos a destino, nuestros rostros brillaban con todo el glitter verde que llevábamos puesto, al igual que el resto de las compañeras que representaban la voz de muchas mujeres.

Fuimos recorriendo cada rincón de la ciudad de las diagonales, gritando y cantando al compás de los bombos nuestras voces por primera vez se hicieron oír. Todo fue una experiencia emocionante ya que era la primera vez que estábamos lejos de casa y luchando por nuestros derechos. Acompañadas mutuamente, vivimos un momento único e inigualable, por lo que siempre quedará en el recuerdo.

Lo que no se puede curar

Autora: Valentina Sol Díaz

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

En la cima de las escaleras del Hospital General San Martín de La Plata, Estela sonreía enormemente con ambas manos acariciando una panza de pocos meses, mantenía una conversación calma con un hombre de bata blanca —su esposo, médico del H.I.G.A al igual que ella y yo. Pasaba por la vereda de enfrente esa tarde, apurado por llegar al departamento con las compras para la cena, pero algo me empujó a cruzar la avenida y saludarlos. Felicité a Estelita y a Sergio por el bebé e hicimos planes a futuro de reuniones de juego para su hijo y mi pequeña Soledad; no me quise retrasar más y los despedí con un beso y abrazo a cada uno antes de bajar las escaleras y seguir mi camino. Antes de dar la vuelta en la esquina, me giré y la vi a ella sonriendo y saludándome con la mano, gritó algo como “Un beso para María y la Sole” y yo solo devolví con un asentimiento de cabeza.

Fue la última vez que los vi.

Dejé las bolsas en la mesada y al instante María apareció por la puerta del comedor, como si esperara mi llegada, y sé de buena fe que así era. Apoyó sus labios en mi coronilla unos segundos como saludo y se puso a guardar las compras, le devolví el beso en lo que ella sacaba unas cajas de leche antes de retirarme a la habitación para cambiarme. El uniforme pesaba hacía meses; todo lo referido al trabajo lo hacía, no solo la chaqueta, sino también las consultas y los pacientes.

Lo que más costaba eran las mañanas, levantarme y agarrar las llaves del auto; aprendí a no caminar hasta el hospital, en auto se pasa más rápido por el frente, doy la vuelta y entró por atrás. Eso no quitaba sin embargo recorrer pasillos solo, los mismos que cruzaba con ellos; ver las placas con sus nombres en las paredes porque el director se rehúsa a sacarlas, con un atisbo de esperanza de que un día vuelvan a subir las escaleras corriendo por llegar tarde, Sergio todavía con la bata en la mano junto a un paquete con dos medialunas, que comería entre pacientes porque no llegó a desayunar antes de salir por haberse entretenido de más con un bebé de dos años. Yo sabía perfectamente que no pasaría; que Estela nunca había superado los dos meses de embarazo y que Sergio no la volvió a ver después de esa tarde en la escalera.

Mal pensé que un juicio cambiaría algo, fue todo lo contrario: sigo sin saber que les pasó, quién los desapareció y por qué, ¿qué habían hecho? Ninguno de nosotros era partidario de la dictadura, pero ninguno andaba metido en nada como para que les pasara algo así, vivían correctamente y más con la noticia del embarazo.

Ni la justicia ni el presidente los devolvió. Ellos no estaban, solo quedaban lugares vacíos con su recuerdo. Una última vez; esa última vez justo a las afueras de ese edificio que visito sin falta cada día, y que ellos deberían hacerlo también. Esas escaleras que no volví a pisar y dudo poder hacerlo de vuelta algún día.

Esas escaleras en las que, si no hubiera ido con prisa, me hubiese quedado un rato más y me habrían llevado también.

Los recuerdos se sienten

Autora: Brunela Cotsali

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

No me acuerdo del año. Ni la fecha. Solo sé que me marcó. Lo reconocí en ese momento, valoré algo que no creía que podía ser distinto. Pero si fue.

Tendría unos ocho años cuando con mi mamá fuimos al Normal 1, un colegio muy conocido acá en mi ciudad, La Plata. Iban a hacer un acto, que no entendía bien qué era, o de que se trataba. Nos había invitado una señora que es como una abuela, quería que estemos ahí. Mi mamá tampoco se acuerda por qué nos dijo que fuéramos. Hablar desde mi poca memoria que se acuerda tan poco de los detalles de cada imagen en ese recuerdo pero tanto de la sensación que al día de hoy tiene en mí. Recuerdo entrar a lo que parecía ser el auditorio principal, de estructura típica de esos colegios grandes. Me parecía hermoso, no podía dejar de verlo. Con mi mamá nos sentamos y pude ver como estaba ahí ella, entre otras mujeres, con un pañuelo blanco en la cabeza. Yo me preguntaba por qué. Nunca la había visto así.

No me acuerdo las palabras dichas, si hubo llantos, nostalgia, agradecimiento o risas. Sólo sé que ese entendimiento o empatía, o esa fuerza la pude sentir. Mi memoria me lleva a lo que pueden haber sido horas o minutos después, cuando pude ver muchas placas con nombres y fotos de personas. Me quedé asombrada, seguía sin entender completamente, pero comprendía que si estaban en las fotos era porque entre nosotrosya no estaban.

Nunca le pregunté a ella al respecto, ni a mi abuela, ni a mi mamá, ni a su nieto. No me salía preguntar algo que se sentía tan privado como no lo era. Nunca les pregunté. Y fui creciendo, y comprendiendo. Qué había significado ese momento que me había hablado tanto pero que yo todavía no podía descifrar lo que me había hecho sentir, y se había quedado conmigo tanto.

En la escuela empezamos a hablar del tema, y en la facultad, y con mis amigas, y en todos lados. La memoria. Cada vez que se hablaba del tema, algo en mí me decía, me llevaba a ese momento. Y la piel de gallina que venía después.

Ser consciente de algo tan lejano pero que a la vez, lo puedo sentir con rozar los dedos. No intento hacer mío un dolor que no sentí. Pero si comprender que lo que tengo pudo no haber sido así, y que, tan lejos no se está nunca, porque nunca lo ves venir. Personas que uno atesora, quiere, recuerda no tuvieron siempre esto. Y uno no lo puede creer en cierto punto, ni imaginar. Por eso siento ese anhelo de mantener la decisión, la verdad, el pueblo, la gente, nosotros. Por eso tantos queremos esto. Cómo una sensación puede exceder todo límite, incluso el más difícil de transgredir: el tiempo.

Dudo que ese recuerdo sea la única razón por la cual esas sensaciones me interpelan, así como cada uno tendrá sus razones. Pero es inevitable que se queden en uno las cosas que se sienten tan propias como tan de todos. Y menos que menos olvidar de quiénes uno viene y quizás a dónde va.

Memoria, verdad y justicia

Autora: Lourdes Guaini

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

Hace dos años fui con mi organización a capital para la marcha del 24 de marzo, día en que se conmemora la memoria por la verdad y la justicia. Mamá me acompañó, y de a poco entraba en la organización.

Entre que llegábamos, nos organizábamos en la columna, recibíamos la noticia de que íbamos a caminar 17km, ya estábamos sentados en la calle mientras el clima se decidía en llover o cocinarnos con el sol.

Al ratito de que mamá se sienta al lado mío, son muy pocas las veces que charlamos, comienza a contarme sobre mi tío abuelo, Hugo. Él ya había fallecido hacía 4 años, yo era más chiquita y todavía la política era un terreno desconocido. Me cuenta que Hugo también militaba cuando tenía mi edad, que estuvo en la masacre de Ezeiza, y que era el único en la familia que manifestaba su pensamiento. El resto de la familia tenía una idea partidaria, pero más silenciosa y por eso a él se lo llevaron.

Mamá me lo cuenta con lágrimas en los ojos, y yo no sabía que era familiar de alguien por quien ese día marchaba. Hasta que llegó el mejor final. Después de días con miedo que vivían mi abuela con su mamá y su papá pudieron encontrarlo desnudo, golpeado y vivo.

Cuando comenzamos a caminar, en cada paso me nacía una nueva pregunta que podría haberle hecho; cuando comparé las fotos llevando las banderas, él la de

la UES y yo la de Vallese, sabía que era un homenaje a Hugo y a sus compañeras y compañeros, a quienes hoy todavía no sabemos dónde están y a quienes fueron víctimas del terror.

Al volver a mi pueblo, lo primero que hice fue charlar con mi abuela, casi como un interrogatorio para reconstruir a mi tío.

Que sea ley

Autora: Jazmín García

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

Eran las 9.20 de la mañana de un jueves, a las 9.25 tocaba recreo. Ya teníamos todo organizado, o eso creíamos. Estábamos al final de la clase de Arte, no prestamos atención, o al menos yo no preste atención. Esos cinco minutos fueron muy importantes para comenzamos a dividir tareas del pañuelazo a favor de la legalización de la interrupción voluntaria por el embarazo que teníamos planeado hacer en el colegio. Un colegio católico y de monjas. No nos importaba, nuestra convicción era más grande que la sanción que nos podían llegar a dar los directivos, además estábamos en el último año, no nos importaba mucho la autoridad.

9.25, ya estaba todos los otros cursos más chicos avisados de lo que iba a pasar, nosotras invitamos –o incentivamos– a través de las redes sociales, a que se sumen al pañuelazo con carteles, pañuelos y glitter, obviamente. Nosotras teníamos carteles, panfletos y cintas verdes para repartirles. Sonó la campana y salimos al pasillo.

Tomamos de sorpresa a los profesores y preceptores, y ahí comenzó nuestra labor. Dividimos tareas; algunas fueron a ver el debate a preceptoría con un celular usando el wifi de una preceptora muy copada, quedamos en que a través de la ventana que daba al pasillo principal iban a ir anunciando las novedades. Otras, las más combativas, fueron a hablar –discutir– con el director, o al menos mantenerlo ocupado durante los 20 minutos de recreo. Otras pegamos carteles, fuimos decorando de verde todo el colegio y también conversamos con las más chicas abriendo una asamblea en la que todas y todos pudiéramos hablar. Y otras de nosotras, estaba

practicándose un aborto clandestino en Avellaneda, un aborto que había costado 20.000 pesos, una práctica de la cual no sabemos si saldría con vida.

Una de nosotras estaba en una camilla, en una habitación de un departamento de Avellaneda dormida, todas nosotras estábamos haciendo esto por ella, y por todas.

No nos sancionaron a nosotras ese día, tampoco sancionar la ley. El senado en el año 2018 decidió no sancionarla. Una de nosotras sí fue sancionada, pero sobrevivió.

Recordando la evolución

Autoras: Abril Bonavitta, María Victoria Merlo y Slaven Glenda

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

Una tarde de invierno, tomando mates con mis abuelos, entre charla y charla, mi abuela dijo: "¡Qué locura! Pensar, hija, que vos naciste cuando el país ya era un poco más libre y con una nueva perspectiva de vida, sería impensable en mi adolescencia que la mujer vote o tenga participación alguna, hoy en día hasta una mujer fue presidenta" y siguió con tono de mitin:

Cuándo podremos expresarnos.

Cuándo, libremente, sin ser perseguidos o desaparecidos.

Por qué, hasta determinada edad, los varones no podían ponerse pantalón corto.

Por qué las mujeres pelo largo y los varones cortos.

Por qué la mujer ama de casa y sólo el hombre salía a trabajar.

Por qué las mujeres cobraban menos.

Por qué las mujeres se encargaban de los hijos y de tareas ilimitadas sin acceso a derechos.

Por qué no podíamos garantizar nuestro bienestar y seguridad.

Por qué no teníamos libertad para manifestarnos.

Yo escuchaba atentamente Me parecía loco que la mujer estuviese todo el día en la casa. Mientras ella seguía con sus preguntas, mi abuelo se le superponía comentando que, en su época, nunca se habrían aceptado que mi primo se casara con un hombre "¡te mataban

antes!”, exclamó, y siguió con que le parecía impresionante que mi madre trabajara todo el día y mi padre, nada; y que mi tía se haya divorciado y viva sola con los nenes y que.... Y queeeeeee.

Desconecté de ellos. Salí a la calle, vi el sol.

Un jueves de septiembre

Autora: Paloma Lunansky

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

El disparo frustrado pareció escucharse en todas las casas argentinas, seguido por un silencio helado, que se movió de la imagen en la televisión a cada uno de los espectadores.

Sin embargo, en la casa del campo nadie supo nada. Al mismo tiempo que la multitud se echaba sobre el sujeto, y el país debatía la vida, la muerte y la justicia, en la casa del campo todos dormían. Ni siquiera la madre, que jamás se decidió a silenciar el teléfono, por sus desconfianzas y preocupaciones nacidas en la maternidad, despertó ante el desconcierto colectivo.

En la casa del campo el cachorro labrador se despertaba y caminaba, seguido por el sonido de sus uñas en el piso de madera. En el barrio de Recoleta, en la provincia de Buenos Aires, la multitud estaba paralizada, atrapada bajo las luces titilantes de las cámaras y los patrulleros. Allí, una parte del país entraba en un duelo no consolidado, y la otra reclamaba la puntería del atacante.

Con el sonido del despertador, la familia se despertó y en la escena del desayuno, con el teléfono en la mano, la hija mayor leyó las noticias a los comensales. Siguieron su día con normalidad, dejaron a los perros en el patio, el más chico puso la alarma y subieron al auto.

Aún no se habían enterado de la declaración de feriado nacional, cuando de camino al colegio, rompiendo el silencio, la madre preguntó al más chico si había guardado en la mochila el alfajor para la media comida.

Una presentación en Uruguay

Autor: Luca Magnotta

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

Tengo varios recuerdos fuertes en mi vida, pero tengo uno en particular de una presentación de uno de los libros de mi papá. Mi viejo escribió varios libros. El último que hizo se llama El lugar perfecto, y trata acerca de los vuelos de la muerte en el delta entrerriano en la época de la dictadura.

Junto con él y con mi mamá recorrimos casi todo el país presentando ese libro, pero tengo un recuerdo muy marcado en Uruguay. La presentación fue en un centro cultural en Montevideo, a mí me pusieron a vender los libros al final de la presentación, yo tenía entre 12 y 13 años, pero eso no es lo importante.

Tengo grabadas en mi cabeza algunas caras de las personas que escuchaban contar esas terribles historias que mi viejo relataba, algunos lloraban, otros miraban aterrados, como sintiendo en carne propia esas historias de vida.

Una vez que terminó todo, vi como mucha gente se acercaba a felicitar a mi papá, por el libro, por lo que contó, por la presentación, por el ambiente generado, y por cómo logró atravesar las sensaciones del libro. Creo que ese fue uno de los momentos en que realmente admiré más de lo normal a mi papá.

Mientras vendía los libros a la gente que había asistido, algunos me felicitaban por la obra de mi papá. Años después entendí el valor de lo que había escrito.

Verrugas

Autora: Noelia Martínez

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali,

Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

A mi hermano y a mí nos salían unas verrugas en las manos que nos deformaban los dedos y eran asquerosas a la vista. Recuerdo una vez en la escuela, en una actividad grupal de educación física que una nena no quiso tomarme de la mano en una especie de ronda porque se horrorizó al verlas. No recuerdo haber llorado por eso, más bien mi reacción fue levantar el hombro y hacer el gesto de "¿qué me importa?".

Desde que echaron a papá de YPF todo se había deformado. No solo la economía, sino nuestros cuerpos, nuestras caras, nos habíamos convertido en seres opacos y grises, sin voz, que nos movíamos por las habitaciones casi por inercia. Nos costaba reconocernos en la cotidianeidad de los días. Era espantoso, como aquellas protuberancias carnosas que explotaban en nuestras manos condenando nuestra infancia para siempre.

No había tiempo para hacer largas colas en los hospitales, ahora atestados de gente que, como nosotros, se había quedado sin prepaga y la salud como la carne en la mesa se había convertido en un privilegio. Entonces nuestras tardes estaban destinadas a pasear por lugares antes vistos, con patios llenos de moscas, cortinas rojas, santos por todas las paredes y gallinas que parecían ser inquilinas de una casa inhóspita. Sin embargo, eran muchos los engendros que desfilaban por esos espacios, con bolsas y ofrendas, con olores peculiares pero con las mismas desgracias que nosotros. La ciencia ya era cosa del pasado.

No sé si mamá estaba segura, tampoco sé si creía en esas cosas, pero me dijo en voz baja que me quedara tranquila, que no tenga miedo. Me sostenía la mano muy fuerte y yo sentía el sudor de su palma contra la mía, pero no quería que me suelte bajo ninguna circunstancia. Nunca le pregunté a Mauro si le pasaba lo mismo, si le

pesaba lo mismo, nunca más pude verlo a los ojos. Nos daba vergüenza en lo que nos habíamos convertido. Y no había tiempo para llorar, en realidad no servía para nada.

Un día, entre todas las cosas que nos mandaron a hacer, como colgar una papa con un hilo rojo en la cabecera de la cama, nos recomendaron llevarnos al campo y tirar maíz sobre nuestros hombros, como quien tira una moneda en la fuente de los deseos, con los ojos cerrados diciendo una serie de palabras que sinceramente no tenían lógica ni sabía que significaban, pero era la última oportunidad de exorcizar nuestros cuerpos y sacar las verrugas para siempre.

“Yo tenía una tía que hacía eso”, me dijo una amiga sin darle mucha trascendencia a mi relato cuando ya sin más que perder le conté mis desgracias. Lo peor vino después cuando me habló de magia negra y que su tía había muerto. Mi cara de espanto fue tal que ella comenzó a reír tan fuerte que salí corriendo a mi casa y le conté a mi mamá llorando. Basta ya le dije, puedo vivir con mis dedos deformados, ya no más brujos.

Esa misma tarde papá se fue de casa. Lo que no se deformaba se rompía y estallaba en mil pedazos. Más tarde comprendí que era la antesala de lo que se venía. Pero eso es historia de fantasmas y nosotros aún éramos monstruos.

Viaje

Autora: Patricia Britez

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali, Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

Sobre la cama, envuelta entre las sábanas, mi pecho palpitaba rápido, mientras la ingravidez de un sueño me mostraba desde el aire una bola de fuego y humo entre edificios grises de cemento que al desaparecer iba dejando paso a los escombros de un derrumbe. El cielo de verano celeste y yo fuimos testigos de una adversidad citadina... todo había colapsado en minutos.

Mi madre me despertó esa mañana diciéndome que había ocurrido una tragedia. Reaccioné con fuerza, me levanté sorprendida, me vestí y fui hasta la cocina.

El televisor mostraba imágenes parecidas a las que había soñado unas horas antes. Todos los canales estaban pasando la misma noticia. La embajada. Atentado. Bomberos, policías, médicos y voluntarios en el edificio devastado. Heridos y, en la incertidumbre, cuerpos de polvo, buscaban entre hierros y hormigón.

La adversidad se amontonaba frente a los ojos de quienes buscaban socorrer de a pie, con camillas; ambulancias trinaban. Testigos dislocados consultados por periodistas para informar sobre lo ocurrido. Algunos trabajadores y transeúntes en el lugar, paralizados por el estruendo.

No podía creer lo que estaba observando. Le dije a mi madre que había visto esas imágenes en mis sueños. Con la sorpresa intacta, atendiendo al caos que prevalecía en torno al suceso, las horas me acercaban lentamente a la conciencia de aceptar, sin fortaleza anímica, la desgracia de las vidas que se habían perdido. A la resignación de mi karma agorera.

Vigilia frente al televisor

Autora: Esmeralda Azeneth Contreras

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali, Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

Recuerdo nuestra vigilia frente al televisor. Esa noche teníamos entradas para el teatro. Retamar remarcaba mi inquietud, caminaba de la habitación a la sala de casa mordiéndome las uñas, recuerdo que le dije en repetidas ocasiones de salir y tomar el 275 hacia la terminal y mover para Capital, pero no me daba bola. Habían convocado una noche de vigilia frente a la casa de Cristina sin vallas ni policías y a Retamar le daba paja porque teníamos entradas para el teatro.

Ahora que lo pienso detenidamente a Retamar le dan paja muchas cosas; los programas de tv nuevos, discutir el color de la pintura para las paredes, caminar en la noche por la ciudad, montar en bicicleta a la noche por la ciudad, cualquier cosa que lo saque de su zona de confort le produce rechazo y yo deje de insistir con ir a Capital.

Recuerdo que empezó a oscurecer y la televisión seguía encendida en C5N. Al llegar al teatro el protocolo de siempre. Atar las bicicletas, tener conversaciones triviales mientras hacíamos la fila para llegar a la entrada donde estaría el hombre con la lista en mano y esperar otro poco mientras este, ubicaba nuestros nombres en la lista, ingresar a la sala, buscar un asiento cercano al escenario, recuerdo que trataba de cruzar palabras con Retamar pero no podía, las palabras se me apagaban en los labios, quería decirle que pensaba de la bandera que colgaba detrás del escenario, que me resultaba un lindo detalle que estuviera hecha de retazos de telaceleste y blanca.

Las luces se apagaron y entró ella, radiante, con un vestido blanco, el cabello suelto, un tapado de plumas y su mano izquierda vestida con un guante de malla. Sostuvo el micrófono con firmeza y recuerdo que saludó al público y a su compañero en el piano y siguieron los aplausos. Ella empezó a cantar, su voz grave retumbaba por toda la sala y recuerdo que le dije a él, "se parece a Cristina", me miró con una sonrisa y me dijo que sí. Entramos a casa, la tv seguía encendida "conmoción por el intento de asesinato de Cristina, Alberto decretó feriado Nacional", se leía en la pantalla. Esa noche no dormimos.

Creciendo

Autora: Alejo Pérez Landaburu

Equipo docente: Marina Arias, Franco Dall'Oste, Silvana Casali, Sabrina De Dios, Verona Demaestri y Analía Erdozain

Asignatura: Laboratorio creativo de escritura I

Corría el año 2004 y el frío del invierno ya se disipaba, dando lugar a la primavera. Aquel mediodía como siempre, con mis hermanos esperamos a mamá en la puerta de la escuela. Ella llegó, nos subimos al auto y volvimos a casa.

Estando ya a pocas cuadras nos dijo: "Hoy los albañiles terminaron de levantar la pared", lo que nos hizo alegrar mucho.

Cuando llegamos a casa corrimos una carrera improvisada para ver quién llegaba primero a ver la obra. Para llegar, tuvimos que esquivar los obstáculos que eran la carretilla, las bolsas de cemento, los escombros, la arena y las herramientas de los trabajadores. Lucía fue la que llegó primero y miraba para todos lados asombrada de lo mucho que había avanzado la obra sólo en esa mañana.

En ese momento los cuatro compartíamos habitación y después de mucho tiempo de ahorrar papá estaba ampliando la casa por primera vez desde que la compró, hacía más de diez años. Las obras consistían en una habitación que sería para Manuel y Lucía, los dos mayores, y la otra gran obra era una galería, un quincho abierto, dónde también habría una parrilla que ya estaba empezando a aparecer.

Las paredes obviamente estaban sin revocar y todavía faltaba colocar el techo, la instalación eléctrica y la ventana en la nueva pieza, pero las paredes ya habían alcanzado su altitud final, lo que nos hacía tomar dimensión de como quedarían una vez terminadas.

Papá estaba hablando con el albañil que ya se iba y escuché cómo le contaba de la emoción que le causaba ver que su sueño de años se estaba cumpliendo y que por fin podía progresar.

Con Juan, el menor, que tenía cuatro años, jugamos en la nueva habitación y yo que era un poco más grande entraba y salía de la pieza por el agujero que había para la ventana. Entrando y saliendo por ahí me vio Lucía y me retó, así que dejé de saltar. Fue en ese momento cuando mamá nos llamó rápido adentro porque la comida se enfriaba así que corriendo le hicimos caso.

A los pocos meses, la habitación de mis hermanos y la galería estaban terminadas. Mis hermanos pudieron mudarse de pieza lo que nos dejó a Juan y a mí, más espacio en la nuestra. Pero un día, al poco tiempo de haber terminado la construcción, mamá nos contó que iban a empezar con otra obra. En este caso sería un lavadero. Y también nos tuvo que explicar qué era, eso porque para nosotros lo normal era que el lavarropas esté en la cocina. Nos dijo que eso nos dejaría más espacio libre en la casa y que cuando hace frío o llueve la ropa se puede tender ahí dentro. Nos distrajo de nuestra conversación el noticiero, que contaba que el presidente estaba dando un discurso en la ONU. Mamá lo escuchaba con atención.

La construcción del lavadero también duró su tiempo... En toda esa época se había vuelto costumbre para nosotros jugar en la arena de la construcción o entre los hilos con los que se marcan las paredes antes de ser levantadas.